

**Parroquia de San José Obrero
Pescia Romana (VT, Italia)**

30 de Junio – 2 de Julio 2017

**En el Centenario de Fátima
EL TRIUNFO
DEL CORAZÓN INMACULADO DE MARIA**



Retiro en la Divina Voluntad

P. Pablo Martín Sanguiao

En el Centenario de las apariciones de Fátima,

EL TRIUNFO DEL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA

* Cada cosa tiene un origen, una trayectoria y un punto de llegada (una finalidad). Todo tiene un “por qué” (la causa, el motivo) y un “para qué” (un fin). Es muy importante para nosotros darnos cuenta de cual es la finalidad que Dios ha puesto en cada cosa y circunstancia, y la finalidad que nosotros mismos ponemos en cada cosa que hacemos: la meta deseada indica la dirección que damos a nuestra vida en cada momento y en cada cosa.

* La Creación tiene una finalidad, así como la Redención: el cumplimiento del Decreto eterno de Dios, su Reino. El cumplimiento de su “sueño” de Amor: llevar a la criatura al abrazo del Creador, tener tantos hijos con quienes compartir todo, su gloria y felicidad, su Amor, su Vida, su Voluntad.

* Cada cosa que el Señor ha dado a su Iglesia tiene esa misma finalidad: los Mandamientos, los Sacramentos, cada gracia, la Gracia, cada intervención suya en la historia y en nuestra vida. Ninguna cosa acaba en sí misma, sino que todo tiene como fin la venida y el triunfo de su Reino. Y así, las apariciones de la Stma. Virgen.

* Repasemos brevemente las más significativas:

Son las Apariciones que sostienen y alimentan el AMOR (siglos XVI – XX): la finalidad es darnos el espíritu nuevo, de hijos, que ha de sustituir al espíritu de temor, de extraños, de siervos.

En el centro está la divina pedagogía del Corazón de Dios, del Corazón del Padre (que es la Divina Voluntad como vida): mediante las manifestaciones del *Sagrado Corazón de Jesús*, en primer lugar, seguidas por las del *Corazón Inmaculado de María*, en preparación a su triunfo y al cumplimiento de su Reino.

El prólogo de estas manifestaciones marianas parece ser la serie de apariciones de Santa María de la Cruz, en Cubas de la Sagra (cerca de Madrid, Castilla), del 3 al 19 de Marzo de 1449. Fueron reconocidas auténticas por la Autoridad de la Iglesia, con regular proceso canónico. La Stma. Virgen levanta y presenta la Cruz, a la misma hora que fue levantada en el Calvario. De ese modo el misterio de la Cruz abre y cierra el ciclo de las apariciones marianas que alimentan el Amor durante cinco siglos y medio: un ciclo que empezó en Cubas de la Sagra (España) y culmina en Dozulé (Francia). A mitad del periodo están las manifestaciones del Sagrado Corazón de Jesús en Paray-le-Monial (Francia).

Desde el Concilio de Efeso (año 431) a las apariciones de la Stma. Virgen de **GUADALUPE** (1531) exactamente pasan once siglos: o sea, desde el dogma de *María Madre de Dios* (“*Teotócos*”) hasta el momento en que Ella misma recuerda y reivindica ser “*nuestra piadosa Madre*”.

Con las apariciones de Guadalupe empiezan los tiempos del Amor, la preparación al triunfo del Amor, del Corazón del Padre, del Reino prometido de su Voluntad reinante “en la tierra como en el Cielo”. La Stma. Virgen empieza a preparar a sus hijos a la Venida gloriosa de Cristo Rey, empieza a preparar a sus hijos a una nueva actitud hacia Ella (y por tanto hacia Dios): ya no siervos, “esclavos”, sino hijos. Como Jesús.

Desde las apariciones de la Stma. Virgen de Guadalupe a San Juan Diego, (12 de Diciembre de 1531) hasta la Medalla Milagrosa, en París (27 de Noviembre de 1830)

pasan tres siglos, que son “el ciclo del Sagrado Corazón de Jesús”: a mitad de ese periodo tuvieron lugar las apariciones del Sagrado Corazón a Santa Margarita María Alacoque, en Francia.

Y desde las apariciones de la Inmaculada a Santa Catalina Labourè (la Medalla Milagrosa) en París (27 de Noviembre de 1830) hasta el comienzo de las últimas apariciones de la Reina de la Paz en Medjugorje (25 de Junio de 1981) ha pasado un siglo y medio, que corresponde al “ciclo del Corazón Inmaculado de María”. Recordemos que en la misma casa de las Hijas de la Caridad, en la Rue du Bac (París), en 1840, la Stma. Virgen concedió el pequeño signo del escapulario verde, del Corazón Inmaculado de María. Después fue proclamado el dogma de la Inmaculada (en 1854) y confirmado en Lourdes (en 1858). Pero precisamente a mitad del periodo tuvieron lugar las apariciones de la Stma. Virgen en Fátima, en las que Ella pidió que se hiciera la consagración a su Corazón Inmaculado como condición para el Triunfo y la Paz. Consagración de Rusia, específicamente pedida, pero también de cada persona.

Precisamente como Jesús, que en la Encarnación empezó su vida en la tierra “encomendandola y consagrandola” a su Madre.

Los Corazones “humano-divinos” de Jesús y de María son la manifestación del Corazón del Padre, o sea, de su Adorable Voluntad, fuente suprema de su Amor y de su Vida, que ha decretado que sea también nuestra vida.

El Amor es *“la manifestación y comunicación del Corazón”*. El Padre se manifiesta en el Hijo, y los dos se comunican en el Espíritu Santo. Lo que nos manifiesta y nos hace saber es porque nos lo quiere dar y quiere que nos dispongamos. Lo que nos quiere dar, el Señor lo ha anunciado desde el Antiguo Testamento por boca del profeta Ezequiel: *“os daré un corazón nuevo, pondré dentro de vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré mi Espíritu en vosotros y haré que vivais conforme a mis normas y os haré observar y poner en práctica mis leyes. Habitareis en la tierra que Yo di a vuestros padres; vosotros sereis mi pueblo y Yo seré vuestro Dios”* (Ez. 36, 26-28).

El “nuevo Pentecostés” anunciado por místicos y santos, por ejemplo por la Sierva de Dios Concepción Cabrera, por el Papa Juan XXIII y, sobre todo, en las apariciones de Amsterdam, de 1945 a 1959), mediante el don del Espíritu Santo de un modo nuevo, como espíritu filial, será la comunicación del Corazón del Padre, de su Voluntad, que así vendrá a reinar en la tierra como en el Cielo. *“La Jerusalén Celestial que descende del Cielo, preparada como una Esposa adornada para su Esposo”* (Apoc. 21,2).

Ese será el “tiempo de paz” del que habló la Stma. Virgen en Fátima: ¡no una paz cualquiera, sino una Paz con mayúscula! No un tiempo cualquiera, sino el tiempo del Reino de la Divina Voluntad, que vendrá después de “el fin de los tiempos”, la llegada del Tiempo tan deseado, que será el último tiempo de la historia humana y que el Apocalipsis indica con un nombre particular, repetido –y no es casual– seis veces en el capítulo 20: “el Milenio”.

Por eso, el Rey Divino dice en su “Llamado” (los tres “Llamados” son el solemne pórtico que introduce y sirve de prólogo a los Volúmenes de Luisa):

“Si me dais vuestra voluntad, ya está hecho todo; me haréis feliz y seréis felices. No deseo sino que mi Voluntad reine en medio de vosotros. El Cielo y la tierra os sonreirán. Mi Madre Celestial os hará de Madre y de Reina. Ya Ella –conociendo el bien inmenso que os restituirá el Reino de mi Querer, para satisfacer mis deseos ardientes y poner fin a mis lágrimas, y amandoos como verdaderos hijos suyos– va visitando a todos los pueblos y

naciones, para prepararlos a recibir el Reino de mi Voluntad. Ella fue la que me preparó los pueblos, para hacerme bajar del Cielo a la tierra; y a Ella, a su Amor Materno encomiendo que me prepare las almas y los pueblos, para recibir un Don tan grande.”

Y en su “Llamado materno”, la Reina del Cielo confirma: *“Sabe que yo recorreré todo el mundo, iré a cada individuo, a todas las familias, a las comunidades religiosas, a cada nación, en todos los pueblos, y si hace falta lo haré durante siglos enteros, hasta que no haya formado como Reina a mi pueblo y como Madre a mis hijos, los cuales conozcan y hagan reinar en todas partes la Divina Voluntad.”*

Por eso todas las Apariciones marianas, cada una con su propia característica, y Fátima en particular, en este CENTENARIO suyo, se deben ver desde este punto de vista, su finalidad es el triunfo del Corazón Inmaculado de María, que es el comienzo del triunfo del Corazón del Padre, de su Voluntad, de su verdadero Reino. Su Reino no puede venir si no por medio de María, como fue la Encarnación del Verbo.

Pero la gran promesa de su triunfo, antes que en Fátima, la hizo el Padre desde el paraíso terrenal, inmediatamente después de la caída de nuestros primeros padres. Al enemigo infernal, dijo: *“Pondré enemistad entre tí y la Mujer”* (¡con mayúscula, porque no podía ser Eva, ni en general “la mujer”, sino Aquella que es “LA” Mujer, la Inmaculada, predestinada desde la eternidad a ser la Madre de Dios!). Y prosigue: *“Entre tu descendencia y la Suya: ELLA te aplastará la cabeza, mientras que tú intentarás morder su talón”*. La Descendencia de María es Jesús, pero no El solo, sino con su Cuerpo Místico. Por eso, el triunfo no puede ser sólo de María, sino al mismo tiempo el triunfo de Cristo y de su Iglesia. En ella –en cada uno de nosotros– se ha de realizar el mismo triunfo que ya se ha cumplido plenamente en el Corazón de la Madre y en el Corazón del Hijo.

¿Veis como Fátima es el anuncio del Reino del Querer Divino “así en la tierra como en el Cielo”?

Así como Ntra. Señora de Guadalupe anunció el mismo triunfo: *“Deseo vivamente que se me erija aquí un Templo, para mostrar y dar en él todo mi amor, compasión, auxilio y protección, pues YO SOY VUESTRA PIADOSA MADRE”... “Oye, hijo mío el más pequeño: ten entendido que son muchos mis servidores y mensajeros a quienes puedo encargar que lleven mi mensaje y HAGAN MI VOLUNTAD; pero es de todo punto preciso que tú mismo solicites y ayudes y con tu mediación SE CUMPLA MI VOLUNTAD. Mucho te ruego, hijo mío el más pequeño, y con rigor te mando que otra vez vayas mañana a ver al obispo. Dale parte en mi nombre y hazle saber por entero mi Voluntad: que tiene que poner por obra el Templo que le pido. Y otra vez dile que Yo en persona, la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, te envía”*.

Un Templo vivo, de almas, de hijos, en medio de los cuales Ella pueda estar como Madre.

Y notemos el detalle: “hacer” la Voluntad de Dios y de María es una cosa que “los siervos” pueden y deben hacer, pero “dar cumplimiento” a esa Voluntad lo puede hacer sólo quien es “hijo”.

Unidos a nuestra Madre, en su “Fiat”, en nombre de todas las criaturas invoquemos el cumplimiento de su Reino: PADRE NUESTRO...

-----* * *-----

El triunfo de la Divina Voluntad en el Corazón Inmaculado de María

Leemos en el libro de Josué (3,1-6) los preparativos para entrar en la Tierra Prometida, imagen del Reino: “Josué se levantó muy de mañana; partiendo de Sittim él y todos los Israelitas llegaron al Jordán, donde se detuvieron antes de cruzarlo. Al cabo de tres días, los escribas pasaron por en medio del campamento y dieron al pueblo esta orden: *«Cuando veais el Arca de la alianza de Yahvé vuestro Dios y a los sacerdotes levitas que la llevan, partid también vosotros de vuestro lugar para seguirla; pero entre vosotros y ella habrá la distancia de unos dos mil codos: no os acerqueis a ella. Así podreis conocer el camino que habeis de seguir, porque no habeis pasado antes por ese camino»*. Luego Josué dijo al pueblo: *«Santificaos, porque mañana el Señor hará maravillas en medio de vosotros»*. Josué dijo a los sacerdotes: *«Llevad el Arca de la alianza e id delante del pueblo»*. Ellos llevaron el Arca de la alianza y se pusieron de camino delante del pueblo.”

El Arca de la Alianza es María. Ella nos precede “unos dos mil codos”, es decir, años, por este Camino por el que nunca hemos pasado: EL VIVIR EN LA DIVINA VOLUNTAD, como Ella ha vivido.

¿Qué es “vivir en la Divina Voluntad”? ¿Acaso no es cumplir la Voluntad de Dios, hacer lo que Dios quiere, cosa que todos los Santos conocen y hacen?

EL PRIMER PASO ES CONOCER QUÉ ES LA DIVINA VOLUNTAD

Dice Jesús: *“Yo tengo para comer un alimento que no conoceis... Mi alimento es hacer la Voluntad de Aquel que Me ha enviado y dar cumplimiento a su Obra”* (Jn. 4,32-34). *“No dejamos de pedir por vosotros –dice San Pablo– que tengais un pleno conocimiento de su Voluntad, con toda sabiduría e inteligencia espiritual”* (Col. 1,9). *“...Pues Dios nos ha hecho conocer el misterio de su Voluntad”* (Ef. 1,9).

Por consiguiente, la Divina Voluntad es objeto de conocimiento, el más sublime, y es también un misterio *“oculto desde siglos eternos en la mente de Dios”* (cfr. Rom. 16,25; Ef. 3,1-5, 9-12)

San Pedro nos avisa: *“Por eso, habiendo preparado la mente a la acción, vigilad poniendo toda vuestra esperanza en esa gracia que se os dará cuando Jesucristo se revele”* (1 Pe. 1,13). La Divina Voluntad es una “gracia”, un don futuro, el más deseable, relacionado con la futura Revelación o Parusía de Cristo.

Y San Juan: *“Amadísimos, nosotros desde ahora somos hijos de Dios, pero lo que seremos aún no ha sido revelado. Lo que sabemos es que cuando El se manifieste seremos semejantes a El, porque Lo veremos como El es”* (1 Jn. 3,2). De estas palabras resulta evidente que existe una revelación, que para San Juan era futura y que tiene que ver con Jesús y con nosotros, la cual nos ha de restituir la semejanza divina perdida.

San Pablo pedía para que tuviéramos un pleno conocimiento de la Divina Voluntad, con toda sabiduría e inteligencia espiritual. Y Nuestro Señor, en su última Cena dijo: *“Aún tengo muchas cosas que deciros, pero por el momento aún no sois capaces de soportar el peso. Mas cuando venga el Espíritu de la Verdad, El os conducirá a la Verdad completa, porque no hablará por su cuenta, sino que dirá todo lo que haya oído y os anunciará las cosas futuras”* (Jn.16,12-13). Y al acabar oró, diciendo al Padre: *“Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo haré conocer, para que el Amor con que Me has amado esté en ellos y Yo en ellos”* (Jn.17,26).

Es evidente cuánto sea importante el conocimiento. En la medida que conocemos una cosa, la apreciamos, la deseamos, la amamos y por consiguiente la poseemos de hecho.

La Divina Voluntad es la gran desconocida, a pesar de las elocuentes indicaciones súmamente importantes que da la Sagrada Escritura. Diciendo “Divina Voluntad” se entienden varias cosas. Hay que aclarar algunos equívocos.

LA DIVINA VOLUNTAD, que Jesús llama en el Evangelio “la Voluntad del Padre”, es la realidad más íntima, vital, esencial de Dios: *“Ah, todo está en mi Voluntad. Si el alma la toma, toma toda la sustancia de mi Ser y contiene todo en sí”* (2-3-1916). No es una “facultad” o un atributo de Dios análogo a lo que la voluntad humana es en nosotros; es lo que Dios es. Como en un mecanismo hay una primera rueda que mueve a todas las demás, así la voluntad es la que en Dios, como en nosotros, da vida a todo.

Solemos entender por Voluntad Divina lo que Dios quiere, las cosas queridas por Dios (es decir, la vemos como complemento directo); mientras que para Dios es sujeto, es Dios mismo, que quiere. Podemos decir: la Voluntad es un sustantivo (palabra que expresa lo que es, la sustancia), mientras que todos los atributos divinos –Amor, Omnipotencia, Bondad, Eternidad, Inmutabilidad, Inmensidad, Santidad, Justicia, Misericordia, Omnivigencia, Sabiduría, etc.– son sus adjetivos “La Divina Voluntad es omnipotente, es buena, es santa, es infinita, eterna, sapientísima, misericordiosa, inmutable...”

“EL QUERER DIVINO” es la Voluntad de Dios en acto, indica lo que hace y por eso es un verbo.

La distinción entre “voluntad” y “querer” (aunque de hecho coinciden) es la misma que hay entre “la fuente” y “el río” que de ella brota, o entre el motor y el funcionamiento del motor; o entre “el corazón” y “el palpitar”. De forma análoga, una cosa es el efecto del palpitar, que es la vida, o lo que el movimiento del motor produce, que es por ejemplo el viajar. En el caso del “querer”, el efecto que produce es “el amor”. Si en Dios la fuente es su Voluntad y el río es el Querer Divino, ese río no es de agua sino de Amor. Así, bien puede decir el Señor que *“el Amor es el hijo de la Divina Voluntad”*, es decir, es su manifestación y comunicación.

La Divina Voluntad por tanto está más allá y por encima de todo lo que Ella hace, de lo que Dios quiere o no quiere o permite. Es la fuente y la causa suprema de todo lo que Dios es, de la Vida inefable de la Stma. Trinidad y de sus Obras de Amor eterno. Es como “el motor” íntimo de Dios, como “la primera rueda”, lo que mueve y da vida a todo lo que El es y a todas sus obras. Es como “el Corazón” de las Tres Divinas Personas.

¿Pero por qué es la cosa menos conocida, siendo la más grande y maravillosa? ¿Por qué ante la Voluntad de Dios se siente el esfuerzo de someterse a una decisión ajena, que es poder incuestionable, que no se puede evitar? Porque el único problema que en el fondo existe, es el de las relaciones entre la Voluntad de Dios y la nuestra.

Ambas estaban ya representadas en aquellas misteriosas y simbólicas plantas del Paraíso terrenal: *el Arbol de la Vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal* (Gén. 2,9). El fruto bendito del primero era la Vida; el fruto del segundo, del que el hombre no debía comer, es la muerte.

La Voluntad Divina había “descendido” por amor en su obra de la Creación; está presente en cada cosa creada, a la cual da existencia, energía y vida, la vida de sus infinitas cualidades, por lo cual *“los cielos y la tierra están llenos de su Gloria”*.

También en el hombre, Adán, creado perfecto e inmaculado, la Divina Voluntad estaba presente para ser su vida, y tanto más era gloriosa en él, cuanto el hombre

superaba en dignidad y belleza a todos los demás seres creados. Pues los demás seres son obras, criaturas de Dios, pero el hombre, Adán, fue creado como hijo de Dios (Lc. 3,38). En Adán, Dios decretó a todos los hombres futuros y quiso que fueran sus hijos; pero Adán y toda su descendencia eran llamados a ser hijos de Dios en Jesucristo, el Verbo Encarnado, “el primogénito” entre todas las criaturas (Col. 1,15-17) “la Cabeza de todo hombre” (1ª Cor. 11,3), “el Heredero de toda la Creación” (Lc. 20,14). En Adán, hijo de Dios, la Divina Voluntad quería formar no sólo la vida natural, puesto que Adán fue hecho “alma viviente” (1ª Cor. 15,45), sino la misma Vida sobrenatural de Dios; y eso era un don por gracia. Ese es el significado del Arbol de la Vida “en medio del jardín” (Gén. 2,9).

Sin embargo hacía falta que el Don fuera aceptado libremente y por amor, así como libremente y por amor Dios lo ofrecía. Ese es exactamente el sentido de la prueba. Sin la prueba, libre aceptación total de la Voluntad Divina, Dios hubiera tenido siervos, más aún, esclavos, pero no hijos, cosa indigna de su Amor. El hombre debía de tener su voluntad humana “como si no la tuviese”, o sea, habría debido sacrificarla, o sea, consagrarla, es decir, entregarla como ofrenda de amor a Dios, para dar espacio en ella al Don de la Voluntad Divina, para que en la voluntad del hombre reinara la Voluntad de Dios.

¿Pero qué significa que el hombre hubiera debido tener su voluntad “como si no la tuviera”? En una palabra, ¿tenía o no tenía que tenerla? Es el mismo problema del Arbol del conocimiento del bien y del mal: tenía que estar allí, en el jardín del Edén, pero el hombre no tenía que comer su fruto, para no morir.

¿Qué quiere decir todo ésto? Que en ese “Paraíso terrenal”, que era la naturaleza del hombre, no puede absolutamente faltar la voluntad humana, nuestra facultad decisional activa, cuya característica esencial es la de ser libre, tener el “libre albedrío”. Lo cual es claramente un don divino al hombre, que de por sí demuestra cómo ha sido creado “a imágen” de Dios. En efecto, poder decidir sin constricción es algo súmamente noble, propio de Dios, aunque en la criatura es también un riesgo gravísimo y necesario: puede rechazar a Dios por preferirse a sí misma. Eso es precisamente lo que hizo Lucifer y lo que en medida inferior hace el hombre cuando peca.

A la naturaleza humana (“espíritu, alma y cuerpo”, 1ª Tes. 5,23), en la cual el hombre era y es “a imágen” de Dios, Dios añadió un don divino, como una corona real, un don sobrenatural: el don de su Adorabilísima Voluntad, por la que el hombre era “*a su semejanza*”.

Dios lo hizo *a su imágen*, para que el hombre viviera y actuara *a su semejanza*, como un pequeño Dios creado, para poderlo amar y que él pudiera amarlo, y de este modo llegara a ser “*partícipe de la Naturaleza Divina*” (2ª Pe.1,4).

Pero en el momento de la respuesta en la prueba, el hombre dijo que no a Dios, desobedeció y con suma ingratitud despreció a su Creador y a su Regalo: quiso hacer su propia voluntad. En eso consiste el pecado. Rechazó la Divina Voluntad y la perdió, de su cabeza cayó la corona real y dejó de ser semejante a Dios. Con el pecado el hombre dejó de ser hijo de Dios, rompió el vínculo de amor y de vida que lo unía a Dios y, por más que se arrepintiera luego, podía ser tan sólo su siervo. Para ser de nuevo hijo era necesario que el mismo Hijo de Dios por propia naturaleza, restituyera al hombre por gracia su misma condición de ser hijo, mediante la Redención.

Jesús ha esquematizado la entera historia de la humanidad en la parábola del “Hijo pródigo”.

La Divina Voluntad ya no pudo seguir viviendo y reinando en el hombre, fue expulsada y quedó oculta en la Creación, ignorada por el hombre (por eso *“toda la Creación gime y sufre hasta hoy con dolores de parto”*: Rom. 8,22). Quedó como una madre amorosísima, privada de sus hijos, porque no la reconocen, la ignoran y ofenden brutalmente; pero mientras, Ella sigue cuidando de sus hijos ingratos, sirviéndoles per medio de todas las cosas creadas, dándoles lo poco que puede, a causa de su ceguera y lejanía, esperando el día en que su luz logre penetrar en sus mentes obcecadas y finalmente la acojan y la hagan reinar en ellos como vida.

El pecado es hacer como un niño que, apenas empezara a hablar, su primera palabra no fuera “¡papá, mamá!”, sino: “¡Vete de mi vida, no te reconozco, no te quiero, no serviré!”. Es dar vida al propio querer humano, rechazando la Voluntad Divina. Es querer ser como Dios, pero sin Dios.

Pues hay que saber que la Voluntad Divina y la voluntad humana tenían que vivir en tal unión de amor, que no pudieran distinguirse una de otra, como pasa con una gota de agua que se echa en el mar. Por eso, más que unión, tenían que vivir en la unidad de un solo querer, el Querer Divino.

Es lo que ocurre precisamente en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre.

El tiene por naturaleza una Voluntad Divina (que es la misma Voluntad del Padre y del Espíritu Santo) y una voluntad humana, que ha conservado siempre inocente y fiel, y que sin embargo ha tenido perfectamente inmolada... Jesús la tenía como si no la tuviera, porque ambas voluntades vivían y actuaban en la unidad de un solo Querer, el Querer Divino. No ha vivido una doble vida, “unas veces como Dios y otras veces como hombre”, no, sino siempre y en todo como el Hombre-Dios que es. Por eso, todo lo que El hizo con su perfecta naturaleza humana, aun las cosas más pequeñas, como comer, dormir, llorar, caminar, conversar, etc.) era fruto de un Querer Divino, Infinito, Eterno, Santísimo... Su valor es por tanto infinito y divino, su alcance es eterno, y no sólo porque son de Alguien que es una Persona Divina, sino porque son fruto de un Querer Divino.

El dolor de la cruz expresa el contraste entre estas dos voluntades contrapuestas, en contraste, como los dos maderos que la forman, como los troncos de aquellos dos árboles del paraíso. El palo vertical, la Voluntad de Dios; el horizontal, que se opone y dice “no quiero”, la voluntad del hombre. Entonces Jesús, que en su Encarnación había unido en feliz desposorio su Voluntad Divina y su voluntad humana, ha asumido en Sí a todas las criaturas para unir las de nuevo a Dios. Encontró la Voluntad de Dios y las voluntades humanas en oposición, en forma de “cruz-dolor”, y así las hizo suyas para cubrirlas con “Cruz-Amor” y de este modo destruir su contraposición y su recíproco dolor. Y la “Cruz-Amor” de Jesús, sobre la cual vivió siempre, recostado en plácido abandono, no es sino los brazos amorosos del Padre Bueno que Lo sostienen, su dulcísima e inmensa Voluntad, que para Jesús es el alimento, el descanso, la Vida.



El triunfo de la Divina Voluntad en nosotros como en Jesús y María

Nadie ama lo que no conoce. Antes viene la verdad, luego viene la caridad, el Amor. Cuando Dios da a conocer una verdad, algo suyo, es porque la quiere compartir, la quiere dar, y entonces la criatura debe prepararse a recibirla. ¡La Divina Voluntad son los brazos amorosísimos del Padre!

¿Acaso no percibimos el eco lejano de un cántico nuevo de victoria, de amor, de Resurrección, precisamente en la misma “Cruz-Amor” de Jesús, el palpitar de toda su vida?

¿Por qué no lo oímos en nosotros? Porque en nosotros no está la Cruz-Amor de Jesús, sino solamente la cruz-dolor, la cruz-soportación, la cruz que llevamos arrastrándola nosotros y no la Cruz que nos lleva en sus brazos...

Ante la Voluntad de Dios puede haber distintas actitudes: van desde la ruptura de toda relación de vida y de amor con Ella (el pecado) a la reconciliación (la obediencia). En esta hay diferentes grados: resignación, sumisión por temor, por interés, por amor, abandono confiado...

Crear en el Amor, junto con ser conscientes de Quien es Dios y qué cosa somos nosotros, es la puerta para entrar en el Corazón del Padre. La fe nos lo hace conocer, la confianza nos lo hace encontrar.

Se trata todavía, en todo caso, del regreso del Hijo pródigo a la Casa del Padre, de un regreso de la voluntad del hombre, que se esfuerza por unirse cada vez más a la Voluntad de Dios. Pero eso no le basta al Amor de Dios, el Amor exige la unidad. La unidad de un solo Querer. Como sucede entre las Tres Divinas Personas.

La Sagrada Escritura nos presenta un binomio: *el siervo* y *el hijo*. Lo vemos en la historia de Abrahám. Su problema era el mismo problema de Dios: *“Yo me voy sin tener hijos... y todo lo que tengo, ¿para quién será?”* (cfr. Gén.15).

Podemos decir, ante todo, que los justos del Antiguo Testamento han sido siervos buenos y fieles, mientras los del Nuevo, después de la Redención, son hijos. El problema del Patriarca Abrahám era el mismo que el de Dios: no puede ser su heredero el siervo, pues éste, aunque vive con El en su casa y disfrutando de sus cosas, no comparte su Amor, su Vida, sus supremos derechos, como los comparte el Hijo. ¡El Heredero ha de ser tan sólo el Hijo, porque la Herencia no consiste tanto en las cosas del Padre, cuanto en el mismo Padre!

Dijo Jesús a los Apóstoles en la última cena: *“Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que Yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su dueño, sino que os he llamado amigos, porque todo lo que le he oído al Padre os lo he dado a conocer”* (Jn. 15,14-15). Y apareciéndose resucitado a María Magdalena, dijo: *“Ve a decir a mis hermanos: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios”* (Jn. 20,17).

Los Apóstoles nos ofrecen otra clave para comprender las diferentes relaciones con la Voluntad del Padre. San Juan exclama: *“¡Qué gran amor nos ha tenido el Padre, para ser llamados hijos de Dios, y realmente lo somos! Amadísimos, desde ahora somos hijos de Dios (¡así es, por el Bautismo! ¿Se podría pedir algo más?), pero lo que seremos aún no ha sido revelado. Sin embargo sabemos que cuando El se manifieste, seremos semejantes a El, porque Lo veremos tal y como El es”* (1ª Jn. 3, 1-2).

Y San Pablo: “*Durante todo el tiempo que el heredero es niño* (es menor) *no es para nada diferente de un siervo* (de un esclavo: en la forma de comportarse, en el modo de ser tratado, en la mentalidad), *aun siendo dueño de todo; sino que depende de tutores y educadores hasta el tiempo establecido por el Padre*” (Gál. 4,1-2). “Hasta el tiempo establecido por el Padre”, es decir, “hasta el fin de los tiempos”.

Por consiguiente, respecto a Jesús tenemos el trinomio “*siervos, amigos, hermanos*”. Y respecto al Padre tenemos el de “*siervos, hijos menores* de edad (¡todavía parecidos a los esclavos!), *hijos adultos como el Hijo*, semejante al Padre, digno de El.

El siervo “no sabe” lo que hace su Señor. El amigo “lo sabe”, pero el hijo “lo hace”. ¿Y qué es lo que hace? Su Divina Voluntad. Con El y como El: “Así en la tierra como en el Cielo”. Lo que es para Dios en el Cielo, lo es para los hijos semejantes al Hijo ya ahora, en la tierra.

¡Ese “ya ahora” ha llegado, ya ha empezado! ¡Pero aún tiene que venir, o sea, tiene que “manifestarse”, que estallar, que triunfar! ¡Tiene que eliminar al reino rival, al reino del querer humano, del cual el demonio es tirano, al reino del pecado, de la infelicidad, de la mentira, de la muerte! “Reino contra reino”.

Pues bien, ¿acaso Dios puede estar resignado a su Voluntad? ¿Tal vez sometido a ella? ¿O vive incluso abandonado a ella? Evidentemente no. Entonces, ¿qué es para las Tres Divinas Personas su sacrosanta Voluntad? ¡Es su propia Vida, la sustancia de su Ser y de su Felicidad, es su Todo!

¡Ese es el don supremo que Dios quiere dar a sus hijos! O sea, que no sólo se porten bien, que sean buenos y obedientes a lo que les manda su Voluntad para merecer el Cielo, sino que aquí en la tierra Esta sea su Heredad, que la Voluntad Divina sea Voluntad de ellos: que tengan todo en común con Dios, como Jesús tiene todo en común con el Padre (“*Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío*”, Jn. 17,10), que tomen parte activa en todas las obras de Dios y en la vida misma de las Tres Divinas Personas. Así el hombre será como Dios.

Por medio de la Redención, Jesucristo ha reparado en el hombre *la imagen* Divina, herida por el pecado. En su venida gloriosa, manifestándose como Rey (la “Parusía”), le devolverá *la semejanza* con Dios perdida.

Se trata del don más grande que Dios puede dar de Sí, el Don de los dones: su Divina Voluntad como Herencia y Vida de su criatura.

Adán fue creado no sólo inmaculado, sino incluso divinizado. A tantos preciosos dones naturales, Dios había añadido este don de gracia, su misma Voluntad. Le pidió tan sólo un acto de fidelidad, que no hiciera su propia voluntad humana, pero el hombre desobedeció. Se redujo a la condición del hijo pródigo de la parábola: un miserable pecador, el cual, por mucho que estuviera arrepentido, pudo ser acogido como siervo, mas no como hijo. Para volver a serlo, antes tenía que ser redimido. Solamente el Hijo de Dios por naturaleza, haciéndose Hombre, podía restituirle su condición regia de hijo de Dios por gracia.

Jesucristo, el Hombre-Dios, es el único que tiene por naturaleza esa Voluntad Divina; sólo El puede darla a quien quiere y cuando quiere. Y con El, su Santísima Madre ha tenido por gracia la Divina Voluntad con plena posesión y vida, desde el primer instante de su Concepción Inmaculada. La presencia de esta Adorabilísima Voluntad en María como su propia vida, la hizo capaz de obtener de la Divina Justicia que el Cielo se abriera, para hacer que el Verbo de Dios bajara a encarnarse en su seno

virginal. Esa Divina Voluntad no sólo le pidió a María una respuesta afirmativa, sino que Ella misma la expresara con su **“Fiat”**, con su **“Hágase en mí”**, junto con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esa Suprema Voluntad le dió a María la Fecundidad divina del Padre, Fecundidad virginal, Potencia creadora, su misma Paternidad, que en Ella se llama Maternidad divina.

Y ahora, tras haber hecho que la Redención fuese conocida y completase su desarrollo en la Iglesia, quiere darla a todo el que la quiera y se disponga, a condición de entregarle a Dios todo derecho y uso de la propia voluntad humana.

Este Don de la Divina Voluntad lleva consigo, en primer lugar, otro don misterioso, como único camino de acceso: el de la noticia por parte de Dios, el de su revelación y promulgación. Y eso ya lo ha dado a su Iglesia por medio de una criatura que El ha querido llamar para esta misión única y altísima: la Sierva de Dios Luisa Piccarreta (1865-1947), “la Pequeña Hija de la Divina Voluntad”, dando garantía de segura autenticidad con el doble sello de la cruz y la obediencia. Todo lo que Luisa ha escrito lo ha hecho por obediencia a la autoridad de la Iglesia.

De esta revelación Jesús le dice: *“que hasta ahora a nadie he manifestado. Examina todos los libros que quieras y verás que en ninguno encontrarás lo que a tí te he dicho de mi Voluntad”* (12-09-1913). *“Ese hablarte siempre de mi Querer, ese hacerte comprender sus admirables efectos, cosa que no he hecho con nadie hasta ahora...”* *“En tí empezará el cumplimiento del ‘FIAT VOLUNTAS TUA’ sobre la tierra”* (17-03-1921)

Es evidente que estamos ante algo nuevo. Jesús le dice, por ejemplo: *“Los mismos Santos se unen conmigo y hacen fiesta, esperando con ardor que una hermana suya sustituya sus mismos actos, santos a nivel humano, aunque no a nivel divino; Me ruegan que cuanto antes haga entrar a la criatura en este ambiente divino...”* (13-02-1919)

En otro pasaje Luisa dice: *“¿Será posible que (Jesús) haya dejado pasar tantos siglos sin dar a conocer estos prodigios del Divino Querer y que no haya elegido entre tantos Santos a uno que diera comienzo a esta santidad totalmente divina? Y eso que estuvieron los Apóstoles y tantos otros grandes Santos, que han asombrado a todo el mundo...”* (03-12-1921)

“Amor mío y Vida mía, yo aún no logro convencerme: ¿cómo es posible que ningún Santo haya hecho siempre tu Stma. Voluntad y haya vivido de la forma como ahora dices, en tu Querer?”

–“...Desde luego que han habido Santos que han hecho siempre mi Querer, pero han tomado de mi Voluntad en la medida que la conocían. Ellos conocían que hacer mi Voluntad era el acto más grande, lo que más honor Me daba y lo que conducía a la santificación, y con esa intención la hacían y eso tomaban, perché no hay santidad sin mi Voluntad, y no puede resultar ningún bien, santidad grande o pequeña, sin Ella” (06-11-1922)

“Hija mía, en mi Voluntad Eterna encontrarás todos mis actos, como también los de mi Madre, que envolvían todos los actos de las criaturas, desde el primero hasta el último que tendrá que existir, como dentro de un manto, del cual, teniendo como dos partes, una de ellas se elevava hasta el Cielo para devolver a mi Padre, con una Voluntad Divina, todo lo que las criaturas Le debían: amor, gloria, reparación y satisfacción; la otra permanecía como defensa y ayuda para las criaturas. Nadie más ha entrado en mi Voluntad Divina para hacer todo lo que hizo mi Humanidad. Mis Santos han hecho mi Voluntad, pero no han entrado en Ella para hacer todo lo que hace mi Voluntad y recoger como en una sola mirada todos los actos, desde el primer hombre hasta el último, y hacerse actores, expectadores y divinizadores de los mismos. Con hacer mi Voluntad no se llega a hacer todo lo que mi Eterno Querer contiene, sino que desciende limitado a la criatura, en la medida que la criatura puede contenerlo. Sólo quien entra dentro de El se ensancha, se difunde como luz

del sol en los eternos vuelos de mi Querer y, encontrando mis actos y los de mi Madre, añade el suyo. Mira en mi Voluntad: ¿acaso hay otros actos de criatura multiplicados en los míos, que llegan hasta el último acto que ha de cumplirse en la tierra? Fíjate bien; no encontrarás ninguno. Eso quiere decir que nadie ha entrado. Estaba reservado abrir las puertas de mi Eterno Querer sólo a mi pequeña Hija, para unificar sus actos a los míos y a los de mi Madre y hacer que todos nuestros actos fueran triples ante la Suprema Majestad para bien de las criaturas. Ahora, habiendo abierto las puertas, pueden entrar otros, con tal que se dispongan a un bien tan grande". (06-11-1922)

En la medida que se conoce, se aprecia, se desea, se ama, se posee



Cuarta Conferencia del Retiro

La Divina Voluntad, vida de Dios y vida para sus hijos

EL SEGUNDO PASO ES DESEARLA

“Os anuncio una gran alegría!”, proclamó un Angel cuando nació Jesús.

También a nosotros, como a los pastores de Belén, se nos ha dado el más grande Anuncio, suspirado por la Iglesia y mucho más por Dios: esa Voluntad que reina en el Cielo, ahora vuelve a la tierra para “restaurar todas las cosas” y traer “el tiempo de la consolación” (Cfr. Hechos, 3,20-21), ¡viene a reinar!

El Anuncio esta vez ha querido darlo personalmente el Rey Divino con su “Llamado”, que es el anuncio de su Venida gloriosa. En esto consiste. En él resuena hasta 9 veces su primera palabra cuando se encarnó y vino al mundo: *“¡Héme aquí, que vengo –como de Mí está escrito en el volumen del Libro– para hacer, oh Padre, tu Voluntad!”* (cfr. Hebreos, 10,7):

“Amados hijos míos,

vengo entre vosotros con el Corazón abrasado en las llamas de mi Amor. Vengo como PADRE, en medio de mis hijos, que tanto amo. Tan grande es mi Amor, que vengo para quedarme con vosotros, para vivir juntos, con una sola Voluntad, con un mismo Amor... Vengo con el cortejo de mis obras, de mis penas, de mi Sangre y de mi misma Muerte.

Miradme: cada gota de mi Sangre, cada pena, cada una de mis obras y de mis pasos quieren daros a cual más mi Divina Voluntad. Incluso mi Muerte quiere daros la Resurrección de mi Vida en mi Voluntad. En Ella os he preparado todo y os he obtenido gracias, ayudas, luz y fuerza, para recibirla como el Don más grande. Por mi parte, ya he hecho todo; ahora espero que hagais lo que depende de vosotros.

¿Quién será tan ingrato que no quiera recibirme, con el Regalo que le traigo? Sabed que mi Amor es tan grande, que no tendré en cuenta vuestra vida pasada, vuestras mismas culpas y todos vuestros males, sino que los sepultaré en el mar de mi Amor, para quemarlo todo; y empezaremos juntos una nueva vida, toda de Voluntad mía. ¿Qué corazón será tan duro que quiera rechazarme o echarme, sin aceptar mi visita, llena de Amor Paterno? Si Me aceptais, Me quedaré con vosotros, como Padre entre mis hijos. Pero hemos de estar de acuerdo en todo y vivir con una sola Voluntad.

¡Oh, cómo suspiro que mis hijos queridos vuelvan a estar conmigo y vivan de mi misma Voluntad! Son ya casi seis mil años de profundos suspiros y de lágrimas amargas de mi Santa Humanidad, porque pretendo y quiero tener a mis hijos en torno a Mí, para hacerlos felices y santos, y sollozando repito: Hijos míos, hijos míos, ¿dónde estais? ¿Por qué no regresais a vuestro Padre? ¿Por qué estais lejos de Mí, vagando perdidos, pobres, en toda clase de miserias? Vuestros males son heridas para mi Corazón. Ya estoy cansado de esperaros, y viendo que no volveis, no pudiendo resistir el Amor que Me consume, Yo mismo vengo a buscaros y os traigo el regalo más grande: ¡mi Voluntad!

Y no sólo vengo como Padre, sino que vengo como MAESTRO, en medio de mis discípulos. Pero quiero ser escuchado. Os enseñaré cosas sorprendentes, lecciones de Cielo, que os darán una Luz inextinguible, un Amor que siempre arde... Mis enseñanzas os darán una fuerza divina, un valor intrépido, una santidad que continuamente crece; os facilitarán a cada paso el camino y os conducirán a la Patria Celestial.

Vengo como REY, en medio de todos los pueblos, pero no para exigir impuestos y tributos, no. Vengo porque quiero vuestra voluntad, vuestras miserias, vuestras debilidades, todos vuestros males. Mi Soberanía consiste en ésto. Quiero todo lo que os hace ser infelices, angustiados, atormentados, para esconder y quemar todo en mi Amor. Y como Rey benéfico, pacífico, magnánimo, que soy, quiero daros en cambio mi Voluntad, mi Amor más tierno, mis riquezas y felicidad, mi paz y mi alegría más pura.

Si Me dais vuestra voluntad, ya está hecho todo; Me haréis feliz y seréis felices. No deseo sino que mi Voluntad reine en medio de vosotros. El Cielo y la tierra os sonreirán.

Mi Madre Celestial os hará de Madre y de Reina. Ya Ella –sabiendo el bien inmenso que os dará de nuevo el Reino de mi Querer, para satisfacer mis deseos ardientes y poner fin a mis lágrimas, y amandoos como sus verdaderos hijos– va visitando todos los pueblos y naciones, para prepararlos a que reciban el Reino de mi Voluntad. Ella fue la que Me preparó los pueblos, para hacerme bajar del Cielo a la tierra; y a Ella, a su amor materno encargo que Me prepare las almas y los pueblos, para recibir un Don tan grande.

Por tanto, escuchadme, hijos míos: os ruego que leais con atención estas páginas y sentiréis la necesidad de vivir en mi Voluntad. Yo estaré a vuestro lado y os tocaré la mente y el corazón, para que comprendais lo que os ofrezco y querais el Don de mi Querer Divino”.

Y en los escritos de la “Pequeña Hija de la Divina Voluntad” Jesús explica lo que es este Don: “Quiero tanto que las criaturas tomen mi Voluntad; es lo que más me importa, es mi mayor deseo. Todas las demás cosas no me interesan como eso, aun las más santas, y cuando logro que el alma viva de mi Voluntad me siento triunfador, porque eso contiene el bien más grande que puede haber en el Cielo y en la tierra” (23-03-1910)

“Que mi Querer sea lo que más te importe. Que mi Querer sea tu vida, tu todo, hasta en las cosas más santas” (21-12-1911)

“Ah, todo está en mi Voluntad. Si el alma La toma, toma todo lo que es mi propio Ser y se adueña de todo” (02-03-1916)

“Ven en mi Voluntad, para hacer lo que hago Yo, y en mi Querer podrás correr para el bien de todas las criaturas (...) Tú has de saber que el acto más noble, más sublime, más grande, más heroico es hacer mi Voluntad y obrar en mi Querer; por tanto, en ese acto, que ningún otro acto podrá igualar, Yo hago muestra de todo mi amor y generosidad, y apenas el alma se decide a hacerlo, Yo, para darle el honor de tenerla en mi Querer, en el acto que los dos querer se encuentran para fundirse uno en el otro y formar uno solo, si está manchada la purifico, si las espinas de la naturaleza humana la envuelven, las rompo, y si algún clavo la traspasa, o sea el pecado, Yo lo pulverizo, porque ningún mal puede entrar en mi Voluntad, sino que todos mis atributos la inundan y transforman la debilidad en fortaleza, la ignorancia en sabiduría, la miseria en riqueza, y así todo lo demás. En los otros actos queda siempre algo de sí misma, pero en este se queda despojada del todo de sí y Yo la lleno toda de Mí” (25-07-1917)

“¡Oh, qué diferente es la santidad del alma que vive en el Querer Divino! Jesús se hace actor y espectador de lo que ella hace” (14-08-1917)

“El vivir en mi Querer soy Yo mismo. Esa fue la Santidad de mi Humanidad en la tierra, y por eso hice todo y por todos” (27-11-1917)

“¿Has visto lo que es vivir en mi Querer? Es desaparecer, es entrar en el ámbito de la Eternidad, es penetrar en la Omnipotencia del Eterno, en su Mente increada, es tomar parte en todo y en cada acto divino, en la medida que a una criatura es posible; es gozar, aun

estando en la tierra, de todas las perfecciones divinas; es odiar el mal de un modo divino; es ese extenderse a todos, sin agotarse, porque la Voluntad que anima a esta criatura es Divina. Es la Santidad que aún no se conoce y que haré conocer...” (08-04-1918)

“Mi Querer tiene el poder de hacer infinito todo lo que entra en mi Voluntad y de elevar y transformar los actos de las criaturas en actos eternos, porque lo que entra en mi Voluntad adquiere lo eterno, lo infinito, lo inmenso, perdiendo lo que tiene principio, lo limitado, lo pequeño. Como es mi Querer, así convierte los actos de las criaturas. Por eso dí, grita fuerte en mi Querer: «¡TE AMO!» y Yo sentiré la nota de mi Amor eterno; sentiré el amor creado oculto en el Amor increado y me sentiré amado por la criatura con amor eterno, infinito, inmenso, con un amor digno de Mí, que me suple y que puede suplir el amor de todos” (08-01-1919)

“He aquí por qué te hablo a menudo del vivir en mi Querer, que hasta ahora no he manifestado a nadie. Todo lo más han conocido la sombra de mi Voluntad, la gracia y dulzura que contiene el hacerla; pero penetrar en Ella, abrazar su inmensidad, multiplicarse conmigo y penetrar en todas partes –aun estando en la tierra–, en el Cielo y en los corazones, éso no se conoce todavía, tanto que a no pocos les parecerá extraño, y el que no tenga la mente abierta a la luz de la Verdad no comprenderá nada” (29-01-1919)

“Hija mía, lamentablemente cuesta tanto comprenderlo. Vivir en mi Voluntad es reinar en Ella y con Ella, mientras que hacer mi Voluntad es estar a mis órdenes. El primer estado es poseer; el segundo es recibir indicaciones, cumplir órdenes. Vivir en mi Querer es hacer suya mi Voluntad, como propia, es disponer de Ella; hacer mi Voluntad es considerarla como Voluntad de Dios, no como algo propio, sin poder disponer de Ella como se quiere. Vivir en mi Voluntad es vivir con una sola Voluntad, la de Dios... Vivir en mi Voluntad es vivir como hijo; el solo hacer mi Voluntad se puede decir, en comparación con lo primero, un vivir como siervo. En el primer caso, lo que es del Padre es del hijo... Y además, ésto es un Don que quiero dar en estos tiempos tan tristes: que no sólo hagan mi Voluntad, sino que La posean. ¿Acaso no soy Yo dueño de dar lo que quiero, cuando quiero y a quien quiero?... Y no te extrañes si ves que no entienden: para entender deberían disponerse al más grande de los sacrificios: no dar vida, aun en las cosas santas, a la propia voluntad”... (18-09-1924)

“Gracia más grande no podría conceder en estos tiempos tan calamitosos, de carrera desenfrenada en el mal, que dar a conocer que quiero dar el gran Don del Reino del «Fiat» Supremo” (09-09-1926)

Ahora, como en aquel tiempo, Jesús habla y dice: “Si os he hablado de cosas de la tierra y no creéis, ¿cómo creereis cuando os hable de cosas del cielo?” (Jn. 3,12)

“¡No recordeis ya más las cosas pasadas, no penseis ya más a las cosas antiguas! He aquí que hago una cosa nueva: precisamente ahora germina, ¿no os dais cuenta” (Isaías 43,18-19)

“Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que Me ha mandado. Todo el que quiera hacer Su Voluntad, conocerá si esta doctrina viene de Dios o si Yo hablo por Mí mismo. Quien habla por su cuenta, busca su propia gloria; pero quien busca la gloria de Aquel que lo ha mandado es veraz y en él no hay injusticia”. (Jn. 7,16-18)

En este mismo momento Jesús exulta en el Espíritu Santo y dice: “Yo Te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeñitos. Sí, Padre, porque así Te ha agradado. Todo Me ha sido dado por el Padre mío y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Lc. 10,21-22)



¿Cómo se recibe el Don de la Divina Voluntad?

EL TERCER PASO ES RECIBIRLA PARA HACERLA VIDA PROPIA

Dice el Señor (Lc. 18,17): *“En verdad os digo: el que no acoge el reino de Dios como un niño, no entrará en él”*. Ante este gran Anuncio, el que empieza poner dificultades y a discutir si es o no es posible o conforme a la doctrina de la Iglesia, él solo se excluye. Sería inútil insistir.

Y a Luisa le dice: *“Yo Me comunico a los humildes y a los sencillos, porque enseguida dan crédito a mis gracias y las tienen en gran estima, aunque sean ignorantes y pobres. Pero con esos otros que tú ves Yo soy muy reacio, porque el primer paso del alma para acercarse a Mí es creerme. Por eso, con toda su ciencia, doctrina e incluso santidad, no experimentan nunca un rayo de luz del Cielo, o sea, van por el camino natural y nunca llegan a tocar ni siquiera un poco lo que es sobrenatural”* (19-05-1899).

“Quien no está vacío del todo de su propio querer, no puede tener un cierto conocimiento del Mío, porque el querer humano forma una nube entre el Mío y el suyo e impide conocer el valor y los efectos que tiene el Mío” (23-06-1922).

Dice el Señor (Mt. 13,24-26): *“El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo; un hombre lo encuentra y lo esconde de nuevo, y luego va, lleno de alegría, vende todo lo que tiene y compra ese campo. El reino de los cielos es semejante a un mercader que va en busca de perlas preciosas; cuando encuentra una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra.”*

El máximo don de Dios exige de la criatura el máximo don de sí misma. Dios quiere darse, quiere dar el Todo a la criatura, pero siempre que la criatura se dé, le dé su propia nada a Dios. El que quiera retener para sí algo (incluso santo y espiritual) no puede recibir el Don. Lo han intuido de varias formas los Santos, al comprender que –como el Señor dice a Luisa– “tanto de tierra se deja, tanto de Cielo se toma”. O como dijo San Francisco: “Y para todo poseer, nada en el mundo hay que tener”.

Volvamos la mirada a nuestra Madre, porque Ella es la suprema obra maestra de Dios, la única criatura que desde el primer instante de su vida ha acogido la Divina Voluntad como vida.

En el libro “La Virgen María en el Reino de la Divina Voluntad”, Ella dice:

“Tú has de saber que conocí mi voluntad humana sólo para tenerla sacrificada en homenaje a mi Creador; mi vida fue toda de Voluntad Divina. Desde el primer instante de mi Concepción fui plasmada, calentada y puesta en su Luz, la cual purificó con su potencia mi germen humano, de tal modo que quedé concebida sin mancha original. Por eso, si mi Concepción fue sin mancha y tan gloriosa que forma el honor de la Familia Divina, fue sólo porque el “FIAT” omnipotente se derramó sobre mi germen, y pura y santa quedé concebida. De manera que, si el Querer Divino no se hubiera derramado sobre mi germen, más que una tierna madre, para impedir los efectos del pecado original, Yo habría encontrado la triste suerte de las demás criaturas, de ser concebida con el pecado original. Por eso, toda la causa primaria fue la Divina Voluntad. A Ella sea dado el honor, la gloria, el agradecimiento de haber sido perfectamente concebida sin la mancha original.”

María fue creada perfecta; concebida en vista de Jesucristo (“en un mismo decreto eterno de predestinación”) y rodeada por los méritos infinitos del futuro Redentor, Ella es la primera redimida, no del pecado (como nosotros), sino para que el pecado original no pudiese tocarla. Pero no habría sido suficiente ser Inmaculada y Toda santa, para poder darle la vida al Hijo de Dios.

Así lo explica el Señor:

“Hija mía, la Inmaculada María, pequeña luz de la estirpe humana, ya que la humana tierra le dio su origen, fue siempre hija de la luz porque ninguna mancha entró en esa luz. ¿Pero sabes tú dónde está toda su grandeza? ¿Quién le dio la soberanía? ¿Quién formó los mares de luz, de santidad, de gracia, de amor, de belleza, de potencia, dentro y fuera de Ella? Hija mía, lo humano nunca sabe hacer cosas grandes ni dar cosas grandes, de manera que la Reina Celestial se habría quedado como pequeña luz, si no hubiera dejado a un lado su querer, que era la pequeña luz, no dejándose inundar por mi Querer Divino y perdiendo su pequeña luz en él, que no es una pequeña luz sino Sol interminable, el cual, inundándola toda, formó en torno a Ella mares de luz, de gracia, de santidad; la embelleció tanto que la hizo toda bella, con todos los matices de la belleza divina, para enamorar a Aquel que la había creado.

Su concepción inmaculada, por más que fuese bella y pura, era siempre una pequeña luz y no habría tenido poder ni luz suficiente para poder formar mares de luz y de santidad, si nuestro Querer Divino no hubiera inundado su pequeña luz para convertirla en sol, y si la pequeña luz que era la voluntad de la Soberana Celestial, no se hubiera acomodado con perderse en el Sol del «FIAT» Divino para dejarse dominar por El. Ese fue el gran portento, el reino de mi Voluntad Divina en Ella. Con ésta todo lo que hacía se convertía en luz, se alimentaba de luz y nada salía de Ella que no fuera luz, porque tenía en su poder el Sol de mi Querer Divino, por lo que tomaba de El tanta luz como quería. Y como es propio de la luz difundirse, dominar, fecundar, iluminar, calentar, por eso la alteza de la Reina Soberana, con el Sol de mi Voluntad Divina que poseía, se difundió en Dios y, dominándolo, lo convenció haciéndole bajar a la tierra, quedó fecunda del Verbo Eterno, iluminó y calentó el género humano. Se puede decir que hizo todo en virtud del reino de mi Querer que poseía; todas las demás prerrogativas se pueden llamar ornamentos de esta Madre Reina, pero la sustancia de todos sus bienes, de su alteza, belleza, grandeza y soberanía, es que poseyó el reino de mi Voluntad. Por eso de Ella se dice lo de menos, y de lo más no dicen una palabra. Eso significa que de mi Voluntad poco o nada conocen, por eso casi todos son mudos de Ella.” (23°, 8-12-1927)

María es “la Mujer vestida de Sol”. *“Era una Señora vestida de blanco –así la describe Lucía, contando la primera aparición en Fátima el 13 de Mayo de hace cien años– más resplandeciente que el sol, emanaba luz más clara e intensa que la de un cristal lleno de agua límpida, atravesado por rayos más ardientes que el sol”.*

Pero todo este prodigio no habría sido posible sin una respuesta de María al Amor de Dios. San Agustín dice: “El que te ha creado sin ti no te salvará sin ti”. La iniciativa es siempre de Dios, que da el primer paso, que ofrece su don, pero acogerlo depende luego della criatura. De Dios dependía crearla Inmaculada, pero ser la Llena de Gracia dependía también de María. Como entonces, el don supremo de su Querer Dios lo presenta a nosotros, nos lo ofrece, pero recibirlo depende de nosotros.

Nuestra Madre lo explica en su libro, el 4° Día:

“Ahora debes saber, hija mía, que apenas fui concebida la Divinidad se puso de fiesta; Cielo y tierra me festejaron y me reconocieron como su Reina. Yo quedé tan identificada con mi Creador, que me sentía en todo lo que a El le pertenece como dueña; yo no conocí jamás lo que es separación de mi Creador. El mismo Querer Divino que reinaba en mí reinaba en las Divinas Personas y nos hacía inseparables. Pero mientras todo era sonrisa y fiesta entre Ellos y yo, yo veía que no podían fiarse de mí sin haber tenido una prueba.

Hija mía, la prueba es la bandera que dice victoria, la prueba asegura todos los bienes que Dios quiere darnos, la prueba madura y prepara el alma a conseguir grandes conquistas, y yo también veía la necesidad de esa prueba, porque quería asegurar a mi Creador, en respuesta a tantos mares de gracias como me había dado, un acto de fidelidad que me costara el sacrificio de toda mi vida. Qué bello es poder decir: “Me has amado y te he amado”. Pero sin una prueba nunca se puede decir.

Así que, hija mía, el “FIAT” Divino me hizo conocer la creación del hombre inocente y santo. También para él todo era felicidad; tenía el dominio de toda la Creación y todos los elementos estaban obedientes a un gesto suyo. Como en Adán reinaba el Querer Divino, gracias a esto también él era inseparable de su Creador. Con tantos bienes como Dios le había dado, para tener un acto de fidelidad por parte de Adán, le mandó que no tocara un solo fruto de tantos como había en aquel Paraíso terrenal. Era la prueba que Dios quería para confirmar su inocencia, santidad y felicidad, y para darle el derecho a dominar en toda la Creación. Pero Adán no fue fiel en la prueba y, al no ser fiel, Dios no pudo ya fiarse de él y por eso perdió el dominio, la inocencia, la felicidad, y se puede decir que invirtió la obra de la Creación.

Pues bien, hija de mi corazón, has de saber que al conocer los graves males de la voluntad humana en Adán y en toda su descendencia, yo, tu Madre Celestial, si bien apenas concebida, lloré amargamente, con ardientes lágrimas, por el hombre caído, y el Querer Divino, al verme llorar, me pidió como prueba que le cediera mi voluntad humana. El “FIAT” Divino me dijo: “No te pido un fruto como a Adán, no, no, sino que te pido tu voluntad; tú la tendrás como si no la tuvieras, bajo el imperio de mi Querer Divino, que para tí será vida y se sentirá seguro de hacer lo que quiera de tí”. Así el “FIAT” Supremo realizó el cuarto paso en mi alma, pidiéndome como prueba mi voluntad, esperando de mí mi “FIAT” y la aceptación de esa prueba.”

También a tí el Señor te dice: “Hijo mío, dame tu corazón, que Yo quiero darte el Mío. Quiero darte mi Voluntad, que sea en tí lo que es en Mí. No podría darte nada más grande que mi Voluntad, que es mi Todo, la esencia misma de mi Ser Divino, la Fuente de todos mis Atributos, de mi Amor, de mi Vida, de mis obras, de todo bien y felicidad”.

“Si tú me das tu voluntad, Yo te doy la Mía; para eso he creado la tuya, para que tú tuvieras una pequeña voluntad que poder ofrecerme, para poder dármela a cambio de la Mía. Si te he hecho saber este deseo mío, mi deseo más grande, no es para darte sólo una noticia, sino para hacerte un regalo, el Don de los dones. Si te lo he manifestado es para dartelo”.

“Si tú me dices que sí, Yo te tomo en serio. Tu pequeña voluntad humana es para Mí preciosa, deseo unirla con la Mía, identificarla tanto con la Mía, que no se pueda distinguir una de la otra. Si tú ya no vuelves a dar vida a tu voluntad por tu cuenta, sino que en lugar de la tuya llamas siempre a la Mía, llegará el momento en que sentirás solamente la vida de mi Voluntad y así obrarás de un modo divino, como Dios, como ese verdadero hijo de Dios que eres. Tendrás a tu disposición mi Omnipotencia, mi Sabiduría, mi eterno Amor. Entonces miraré a mi Hijo Jesucristo y te veré a tí, te miraré a tí y veré a Jesús, y así como mirando desde la eternidad su adorable Humanidad te he visto a tí y a todas las criaturas (y en primer lugar he visto en El a su Madre Santísima), así mirandote a tí podré ver en tí todo y a todos e incluso a Mí mismo”.

“Pero pocos son los que se disponen a esto, porque en la misma santidad las almas quieren algo para su propio bien; mientras que la santidad de vivir en mi Querer no tiene nada de propio, sino que todo es de Dios. Y que las almas se dispongan a eso, despojarse de sus propios bienes, es pretender demasiado; por eso no serán muchas” (15-04-1919).



¿Cómo se vive el Don de la Divina Voluntad?

La Fe es el camino seguro para unirnos a Dios, a su Voluntad, y apoyados en su Palabra acoger su Don para hacerlo nuestra vida. Esto es tan grande y precioso, que cualquier experiencia extraordinaria sensible o prodigiosa, para confirmar que se tiene y que es lo que dice ser, le haría sombra más bien que luz y le quitaría credibilidad en vez de darsela. Escribe Luisa:

«Después de eso, estaba pensando: en esta santa Voluntad no se ven milagros, cosas prodigiosas, de las que las criaturas son tan ávidas que recorrerían medio mundo para ver alguno; aquí todo pasa entre Dios y el alma, y si las criaturas reciben, no saben de dónde les viene el bien... De verdad que son como el sol, que mientras da vida a todo, nadie se fija en él. Y mientras eso pensaba, Jesús ha vuelto y ha añadido, pero con aspecto imponente: *“¿Qué milagros, qué milagros? ¿Acaso el más grande milagro no es hacer mi Voluntad? Mi Voluntad es eterna y es milagro eterno; nunca termina. Es milagro de cada instante que la voluntad humana tenga una continua conexión con la Voluntad Divina. Resucitar a los muertos, dar la vista a los ciegos y demás, no son cosas eternas, son cosas que terminan; por eso se puede decir que son sombras de milagros, milagros fugitivos, en comparación con el milagro grande y permanente de vivir en mi Voluntad. Tú no hagas caso a esos milagros; Yo sé cuándo conviene hacerlos y se necesitan”*» (12-11-1921).

Por tanto, la Divina Voluntad se vive en pura FE. Se verá por los frutos, a distancia de tiempo, que no ha sido una ilusión.

Hay personas que dicen que “viven en la Divina Voluntad” porque “han hecho su consagración” a Ella, es decir, han leído o rezado una oración. ¿Es suficiente? Necesitamos ideas claras.

Todas las criaturas *estamos* en la Divina Voluntad, ya que afuera de Ella nada puede existir ni puede ser pensado por Dios, pero lo que cuenta es *querer estar* para tener a Jesús en nosotros. Se trata de querer estar no sólo porque existimos, lo cual no depende de nosotros, sino con la vida, por lo tanto llamandola siempre a que sea nuestra vida en todo lo que Ella nos presenta o nos pide que hagamos.

“Hija mía, cuanto más se despoja de sí el alma, tanto más la visto de Mí; cuanto más cree que no puede hacer nada, tanto más actúo Yo en ella y hago todo. Siento que la criatura pone en acto todo mi Amor, mis oraciones, mis reparaciones, etc.; y para dar honor a Mí mismo, siento lo que quiere hacer: ¿amar? Voy a ella y amamos juntos. ¿Quiere orar? Rezamos juntos. Es decir, su despojo y su amor, que es mío, me atan y me obligan a hacer juntos lo que quiere hacer, y Yo le doy al alma el mérito de mi Amor, de mis oraciones y reparaciones. Con sumo contento me siento repetir mi Vida y hago bajar para bien de todos los efectos de mi obrar, porque no es de la criatura, que está escondida en Mí, sino mío”. (14-06-1917)

Luisa dice: “Estaba yo pensando en lo que mi dulce Jesús me va diciendo sobre el Divino Querer y me estaba yo diciendo: ¿Cómo es posible que el alma pueda llegar a tanto y que viva más en el Cielo que en la tierra? Y Jesús, al venir, me ha dicho:

“Hija mía, eso que es imposible para la criatura es del todo posible para Mí. Es cierto que es el prodigio más grande de mi omnipotencia y de mi amor, pero cuando quiero, todo lo puedo, y eso que parece difícil, para Mí es facilísimo. Sin embargo quiero el ‘sí’ de la criatura y que como una cera blanda me deje hacer de ella lo que quiero. Es más, debes saber que antes de llamarla del todo a que viva en mi Querer la llamo de cuando en cuando, la despojo de todo, le hago pasar una especie de juicio (porque en mi Querer no hay juicios, todas las cosas quedan conformadas conmigo, el juicio es fuera de mi Voluntad, pero de todo lo que entra en mi Querer ¿quién puede atreverse a hacer un juicio? Yo nunca me

juzgo a mí mismo). Y no sólo eso, sino que varias veces la hago morir, incluso corporalmente, y despues de nuevo la devuelvo a la vida y el alma vive como si no viviera; su corazón está en el Cielo y el vivir es su martirio más grande. ¿Cuántas veces no lo he hecho contigo? Estas son todas disposiciones para preparar el alma a que viva en mi Querer. Y luego, las cadebas de mis gracias, de mis repetidas visitas: ¿cuántas no te he hecho? Todo ha sido para prepararte a la altura de vivir en el mar inmenso de mi Voluntad. Por eso, no quieras indagar, sino continúa con tu vuelo”. (06-03-1919)

“Hija mía, para entrar en mi Querer no hay caminos, ni puertas, ni llaves, porque mi Querer está en todas partes, está bajo los pies, a derecha e izquierda, sobre la cabeza y en todo. La criatura no tiene que hacer más que quitar la piedrecita de su Voluntad, que, a pesar de que está en mi Querer, no toma parte ni goza de sus efectos, siendo como extraña en mi Querer, porque la piedrecita de su voluntad le impide correr como el agua en su cauce, porque las piedras se lo impiden; pero si el alma quita la piedrecita de su voluntad, en ese mismo instante ella corre en Mí y Yo en ella; encuentra todos mis bienes a su disposición, fuerza, luz, ayuda, lo que quiera. Por eso no hay caminos, ni puertas, ni llaves; basta quererlo y todo está hecho. Mi Querer se encarga de todo y de darle lo que le falta, y le hace volar en los espacios interminables de mi Voluntad. Todo lo contrario es con las otras virtudes: ¡cuántos esfuerzos hacen falta, cuántas luchas, cuántos caminos largos! Y cuando parece que la virtud le sonrío, una pasión un poco violenta, una tentación, un encuentro inesperado, la echan atrás y la obligan a que vuelva a emprender el camino desde el principio”. (16-02-1921)

“La santidad del vivir en mi Querer no tiene camino, ni puertas, ni llaves, ni cuartos; invade todo, es como el aire que se respira, que todos pueden y deben respirarla. Basta que lo quieran y que dejen a un lado el querer humano, y el Querer Divino se hará respirar por el alma y le dará la vida, los efectos, el valor de la vida de mi Querer. Pero si no se le conoce, ¿cómo podrán amar y querer un vivir tan santo? Es la gloria más grande que puede darme la criatura”. (16-07-1922)

No cabe duda de que, si el Señor tuviera que esperar a vernos preparados, en la forma como nosotros imaginamos, nunca podría darnos su Don. Por eso, el Don, por su parte, nos lo da apenas lo deseamos (o mejor dicho, empezamos a desearlo), pero por parte nuestra es necesario un largo camino de preparación para estar en condiciones de recibirlo. Dios no siente prisa como nosotros, El conoce bien la pedagogía del tiempo y el valor de la constancia que templea y hace serio el deseo. Por eso Jesús ha dicho: “antes de llamarla del todo a que viva en mi Querer la llamo de cuando en cuando, la despojo de todo, le hago pasar una especie de juicio”, un juicio de separación de lo que es grano de lo que es paja; es decir, una purificación.

A Luisa, llamandola y modelando su alma desde niña, le hizo recorrer todo el camino de la vida espiritual como la han conocidos los Santos, con gracias místicas extraordinarias, hasta el “matrimonio místico” con Jesús, cuando ella tenía 24 años.

Y 32 años después (el 05-12-1921) le dice: “¿No te acuerdas como en los primeros años de cama, te llevé al Cielo y ante la Trinidad Sacrosanta hicimos nuestra unión? Y Ella te dotó de tales dones que tú misma aún no los has conocido; y cuando te hablo de mi Querer, de sus efectos y de su valor, te descubro los dones con que desde entonces fuiste dotada”.

Y otros cuatro años más adelante, el 25-12-1925, le dice que todavía ha de poner “la última firma” de que la donación se ha cumplido...: “Hija mía, es verdad que el vivir en mi Querer es un don, y es poseer el don más grande; pero este don que es de valor infinito, que es moneda que se multiplica en cada instante, que es luz que nunca se apaga, que es sol que nunca se pone, que pone al alma en su sitio establecido por Dios en el orden divino y así ella se coloca en su puesto de honor y de soberanía en la Creación, no se da sino a

quien está preparado, a quien no ha de malgastarlo, a quien tanto debe estimarlo y amarlo más que a su propia vida, incluso estar dispuesto a sacrificar su vida por hacer que este don de mi Querer tenga la supremacía sobre todo y sea apreciado más que la misma vida, es más, la propia vida es nada en comparación con él.

Por eso, antes quiero ver que el alma quiere de verdad hacer mi Voluntad y nunca la suya, dispuesta a cualquier sacrificio por hacer la Mía, y que en todo lo que haga me pida siempre, aun como prestado, el don de mi Querer. Entonces Yo, cuando veo que nada hace si no es con el préstamo de mi Querer, se lo doy como regalo, porque con pedirlo una y otra vez ha formado en su alma el vacío en que poner este don celestial, y con haberse acostumbrado a vivir con el préstamo de este alimento divino, ha perdido el gusto de su querer humano, su paladar se ha ennoblecido y ya no sabrá adaptarse a los alimentos miserables del propio yo; por tanto, al verse en posesión de ese don que ella tanto suspiraba, anhelaba y amaba, vivirá de la Vida de ese don, lo amará y tendrá de él la estima que se merece. ¿No condenarías tú a un hombre que, llevado por un afecto pueril hacia un niño, sólo para que esté jugando un poco con él, le diera un billete de mil, y el niño, no conociendo su valor, al cabo de unos minutos lo rompiera en mil pedazos? Pero si antes se lo hace desear, luego hace que conozca su valor, después el bien que puede hacerle ese billete de mil, y al final se lo da, el niño no lo hará pedazos, sino que la guardará bajo llave, apreciando el regalo y amando aún más a quien se lo ha dado; y tú alabarías a ese hombre que ha sabido hacer conocer el valor del dinero al pequeño. Si eso hace el hombre, mucho más Yo, que doy mis dones con sabiduría, con justicia y con verdadero amor.

De ahí la necesidad de las disposiciones, del conocimiento del don, de la estima y aprecio, y de amar el mismo don. Por eso, como emisario del don de mi Voluntad que quiero dar a la criatura, es el conocimiento de Ella. El conocimiento prepara el camino, el conocimiento es como el contrato que quiero hacer del don que quiero dar, y cuanto más conocimiento envío al alma, tanto más es estimulada a desear el don y a solicitar al Divino Notario a que ponga la última firma, de que el don es suyo y lo posee. Por lo tanto, la señal de que quiero dar este don de mi Querer en estos tiempos, es el conocimiento del mismo. Así que pon atención para no dejar que se te escape nada de lo que te manifiesto sobre mi Voluntad, si quieres que Yo ponga la última firma del don que suspiro dar a las criaturas.”

Recordemos la gran lección de los 40 años de éxodo, de prueba y de purificación de los israelitas en el desierto. Esta enseñanza del Señor debe estimular y acrecentar nuestro deseo. El que se desanima demuestra incredulidad y que no aspira a entrar en la Tierra prometida, que es el Reino.



Séptima Conferencia del Retiro

¿Cómo se desarrolla la vida en la Divina Voluntad?

Se puede decir que los escritos de Luisa presentan como dos fases.

En la primera es evidente su condición de víctima y por consiguiente, junto al gran trabajo ascético-místico de la Gracia en ella, aparece toda la formación relativa a las virtudes, la correspondencia a la Gracia, la terrible realidad del pecado (la separación de la voluntad humana de la Voluntad de Dios) con todas sus consecuencias, las glorias de la Cruz, etc. En la segunda, el tema es, precisamente, la Divina Voluntad y su Reino. Aquí el alma penetra en la inmensa misión universal que es llamada a realizar, junto con Jesús, viviendo en el Querer Divino, para preparar y obtener la venida y el triunfo de su Reino.

Ambas fases tienen en cierto modo como característica, respectivamente, *la Misericordia Divina*, que hace de todo por salvar al hombre (incluidos los castigos), y “*el Reino de Dios y su Justicia*” o Santidad de las santidades.

En los diez primeros volúmenes hallamos la primera fase; a partir de la mitad del 12° se desarrolla la segunda fase. No están divididas de un modo neto, las vemos juntas en los volúmenes 11° e 12°, o sea, en los años que van desde 1912 a 1921.

Hacia el final de su vida, Jesús explica a Luisa lo que ha hecho en ella en los primeros tiempos y cómo todo aquel intensísimo trabajo de la Gracia en su alma fue para prepararla a depositar en ella las verdades de su Divina Voluntad:

“Hija mía..., lo que tu Jesús ha hecho era necesario a mi Amor y a la importancia de lo que te tenía que manifestar sobre mi Divina Voluntad. Puedo decir que tenía que servir a mi misma Vida y a hacerme llevar a su cumplimiento la Obra de la Creación. Por eso era necesario que al principio de este estado tuyo empleara contigo tantas finezas de amor; usé tantas intimidades contigo, que es increíble cómo llegué a tanto y cómo te hice también tanto sufrir, para ver si tú te sometías a todo, y luego te ahogaba con mis gracias, con mi Amor, y de nuevo te sometía a las penas, para estar seguro de que tú no Me habrías negado nada; y eso para vencer tu voluntad. ¡Oh, si Yo no te hubiera mostrado cuánto te amo, no te habría concedido tantas gracias! ¿Crees tú que era fácil, que te habrías sometido a este estado de pena y por tanto tiempo? Era mi Amor, eran mis verdades, que te tenían y te tienen todavía atraída como por un imán en Quien tanto te ama. Sin embargo, todo lo que hice al principio de este estado tuyo era necesario, porque había de servir como fondo, como decencia, decoro, preparación, santidad y disposición a las grandes verdades que te tenía que manifestar sobre mi Divina Voluntad. Por eso, de los escritos tendré más interés Yo que tú, porque son los míos, y una sola verdad sobre mi FIAT Me cuesta tanto, que supera el valor de toda la Creación, porque la Creación es obra mía, mientras que mi verdad es mi vida, es vida que quiero dar a las criaturas; y lo puedes comprender por lo que has sufrido y por las gracias que te he dado para llegar a manifestarte mis verdades sobre mi santo Querer”. (19-05-1938)

Si en la primera fase de su vida (fase preparatoria) el Señor se manifiesta normalmente a Luisa como el Divino Redentor, en la segunda es sobre todo el Rey, que viene a tomar posesión de todo lo que Le pertenece y a establecer su Reino, el Reino de su Querer, sobre la tierra como en el Cielo. Las innumerables veces que Jesús viene sensiblemente a Luisa, son signo de su venida gloriosa como Rey al final de los tiempos, y señalan también las diferentes etapas de su vida, en las que la va transformando y uniendo cada vez más a El.

Es admirable seguir la pedagogía divina en Luisa y el desarrollo del Don supremo del Divino Querer. Luisa es el modelo de lo que Jesús quiere hacer de nosotros.

Ya en el 2° Volumen, el 12 de Agosto de 1899, por primera vez en los escritos, vemos que Jesús quiere “uniformar” a Luisa consigo mismo. Es lo que ella más adelante llama *“fundirse en Jesús”*, en su Stma. Humanidad. Jesús y el alma, de *“poseerse”* recíprocamente pasan a *“reflejarse”* el uno en el otro: crucificado El y por tanto crucificada ella en la misma cruz; así se hace indisoluble la unión de sus querer (02-03-1900). El 21-05-1900 Jesús declara su intención: hacer de Luisa el ejemplar perfecto de uniformidad con su Querer; eso, le dice, es el milagro de los milagros. El alma no sólo ha de vivir para Dios, sino en Dios; esa es la verdadera virtud, que le da al alma la misma forma de la Divina Persona en la que vive (09-07-1900).

Y el 16-11-1900 Jesús pone en el corazón de Luisa su Sacratísimo Corazón y como corazón le da su Amor Divino. Desarrollando el Don de su Querer, Jesús prosigue lo que había comenzado once años antes (1° Volumen, el 08-09-1889) y lo repetirá, bajo la misma imagen del corazón, once años más tarde (Vol. 10°, 02-11-1911). Al cabo de otros diez años le dirá: *“El trabajo está hecho”* (Vol. 13°, 05-12-1921).

Lo que Jesús ha hecho, meter el corazón de Luisa en el Suyo, es para hacer que pase del estado de unión al de consumación en la unidad (18-11-1900), porque todas las virtudes y toda la vida espiritual tienden a la consumación de la voluntad humana en la Divina, para vivir en Ella (17-06-1904).

Para llegar a eso, el primer paso necesario es la resignación a Ella (08-11-1905). Sólo así el alma vive en Jesucristo y mediante ella Jesucristo vive en la criatura y por medio de ella. No sólo es unión de intención, sino personal (08-02-1904). La Stma. Humanidad de Jesús cubre su Divinidad: es el modelo de cómo hemos de hacer todo con El, con su misma Voluntad, como si El mismo quisiera hacer nuestras acciones (17-10-1904).

La criatura es llamada a ser otra Humanidad para Jesús: así El vive en Luisa (07-05-1906), y así ella sufre, para que El pueda descansar (18-05-1906). Y en el Vol. 8º le da indicaciones precisas de cómo tiene que hacer para “fundirse” en Jesús:

“Quiero enseñarte cómo tienes que estar conmigo:

Primero: tienes que entrar dentro de Mí, transformarte en Mí y tomar lo que encuentres en Mí. Segundo: cuando te hayas llenado toda de Mí, sal afuera y obra junto conmigo, como si tú y Yo fuéramos una sola cosa, de modo que si Me muevo Yo, te mueves tú; si pienso Yo, piensa tú la misma cosa que Yo he pensado; es decir, cualquier cosa que Yo haga la harás tú. Tercero: con esta obra que hemos hecho, aléjate por un instante de Mí y vete en medio de las criaturas, dando a todas y a cada una todo lo que hemos hecho juntos, o sea, dando a cada una mi Vida divina, regresando enseguida a Mí para darme en nombre de todos toda esa gloria que deberían darme, pidiendo, excusándolos, reparando, amando...” (09-02-1908).

“En mi Querer no puedes no hacer lo que hago Yo. Es cosa connatural, y esa es precisamente la Santidad en mi Querer: no hacer nada de propio, sino hacer lo que hace Dios... Así mi Voluntad y la tuya son como dos aguas mezcladas juntas, y lo que hace una lo debe hacer la otra”. (12-05-1922)

En lugar de nuestra voluntad ha de estar la Voluntad Divina y entonces nuestros actos serán divinos. Con los actos completos de Voluntad Divina, el alma va formando en ella un Sol, que se hace cada vez más grande, semejante al Sol Divino (27-11-1913).

Para hacer de nosotros una Hostia viva para Jesús, es necesario hacer morir del todo nuestra voluntad, sustituyéndola en todo nuestro ser con la Voluntad Divina, la cual hará una verdadera y perfecta consagración, cosa per cosa, creando en nosotros la Vida misma de Jesús (17-12-1914).

Entonces Luisa es invitada a actuar como Jesús, en su Querer: *“Ven en mi Voluntad, para hacer lo que Yo hago”* (25-07-1917). *“Ahora, queriendo que estés conmigo en mi Querer, quiero tu acto continuo”* (28-12-1917). Así, “repitiendo” los actos en el Querer Divino, Jesús quiere que el acto del alma sea continuo, de modo que ya no sean “actos”, sino “vida”.

El Señor sabe que está proponiendo al alma obrar de un modo sobrehumano, mejor dicho, divino, y le dice: *“Lo sé Yo también que no puedes hacer perfectamente lo que te digo, y donde tú no llegas Yo te suplo; pero es necesario que te atraiga y que comprendas lo que debes hacer, para que, si no lo haces todo, hagas lo que puedas”* (Vol. 12º, 22-02-1921). De este modo todo lo que Luisa siente y hace es la Vida de Jesús, el cual la repite en ella (25-12-1918).

Todo esto no es algo exclusivo de Luisa. El Señor está esperando que las criaturas vengan a vivir en su Querer y que repitan en su Voluntad lo que El ha hecho (29-01-1919).

Respecto a lo cual hay dos escritos de Luisa, que caracterizan respectivamente la etapa de formación como otra Humanidad para Jesús y la de la Vida de Jesús en la Voluntad del Padre: “Las Horas de la Pasión” y “Los giros del alma en la Divina Voluntad”.

“**Las Horas de la Pasión**” no son una narración o una simple meditación de la Pasión de Jesús, como la han contado tantos autores espirituales. Son oración, como una palestra o una escuela de vida, en que nos unimos a Jesús para aprender a hacer con El y como El lo que El hacía interiormente por nuestra Redención.

“**Los Giros del alma**” son, como ella dice, el “*modo práctico y efficacísimo para hacer el recorrido en la Stma. Voluntad de Dios, para impetrar el Reino del Fiat Divino sobre la tierra*”. Es la continua oración con que el alma se une a la Divina Voluntad en todas sus obras (la Creación, la Redención, la Santificación), para adorarla, bendecirla, darle gracias y amarla, para pedir en todo que venga su Reino.

El Señor le explica a Luisa las diferentes etapas de su camino espiritual: al principio la llevó al mar de su Pasión (se parte siempre de su Stma. Humanidad); luego la introdujo en el mar de su Voluntad y cuando estuvo preparada y cedió su voluntad a Jesús, el Querer Divino tomó vida en ella, cada vez más, y después de mucho tiempo empezó a hablarle de su Divina Voluntad, para ofrecer ese bien a los demás (23-10-1921).

Antes Jesús la llevó en El durante toda su vida en la tierra, para perfumar su alma, para extender en ella un nuevo Cielo y prepararla a ser digna morada de su Persona; y ahora quiere que sea ella la que Lo lleve en su interior, y eso es necesario, porque Jesús es en Luisa lo que el alma es en el cuerpo. Así El puede darle la vida de su Voluntad (27-10-1921).

Por lo tanto Luisa, habiéndose completando ya su transformación como otra Humanidad de Jesús, debe actuar como El en su Divinidad, y ese obrar deberá surgir de la Divina Voluntad (04-02-1919). Por eso, por primera vez le dice al final del capítulo: “**Por lo tanto, sé atenta**”, y eso es una señal de que va a empezar una nueva etapa. En efecto, Jesús le pide a Luisa un nuevo “sí”, para hacer que pase del periodo de formación como una Humanidad Suya al de obrar como El y con El en su Divina Voluntad (10-02-1919, 24-02-1919). Este “sí”, esta decisión (que en general llama el “FIAT” y que para nosotros podría ser una renovada consagración a la Divina Voluntad), el Señor se lo pide en varias ocasiones, cada vez que debe pasar a una nueva etapa.



Octava Conferencia del Retiro

¿Cómo se alimenta la vida de la Divina Voluntad?

Se alimenta con el conocimiento: por eso el Señor ha querido que Luisa escribiera durante más de 40 años. Si no leemos y releemos sus Escritos, masticandolos bien –además de la Palabra de Dios que es la base– esta vida de la Divina Voluntad en nosotros no se forma.

Del conocimiento recibe vida la oración y los mismos Sacramentos entonces dan fruto.

Primero se empieza llamando la Voluntad Divina a que sea la protagonista y la vida de algunos actos nuestros, que de esa forma se hacen actos divinos (“Ven, Divina

Voluntad, a hacer ésto o lo otro en mí...”, etc.) Para eso es suficiente “el acto preventivo” al principio del día, si bien conviene que sea “acto actual”: *“los dos son necesarios: el preventivo da la mano, dispone y forma el plan al actual; el actual conserva y extiende el plan del preventivo”* (27-05-1922).

Es cuestión de intención y de atención.

Después se pasa a compartir los momentos de la vida de Jesús y de María (por ejemplo, en los misterios del S. Rosario o en las Horas de la Pasión), haciendo nuestros esos momentos. Se trata de conocer nuestra preciosísima Herencia, recorriéndola (¡es infinita!) para tomar posesión de ella, para poner nuestra firma donde Dios ha puesto la Suya, nuestro pequeñísimo y necesario acto de reconocimiento, de adoración, de gratitud y de amor donde Dios ha puesto el Suyo, nuestro “FIAT” en su “FIAT” infinito, eterno, divino. Ese es el motivo de los “giros” en la Divina Voluntad, proféticamente anunciado en el libro de Josué, cap. 6; y recordemos Quién es “el Arca de la Alianza”, María, y quién es “la Trompeta”, Luisa, según lo que le dice el Señor: *“Sé atenta, hija mía, tú serás la portavoz, la trompeta para llamar y reunir esta generación, tanto predilecta y suspirada por Mí”* (27-10-1922):

“Jericó estaba firmemente cerrada ante los Israelitas; nadie salía y nadie entraba. Dijo el Señor a Josué: «Ves, Yo pongo en tus manos Jericó y su rey. Todos vosotros, valientes guerreros, todos bien preparados para la guerra, dareis la vuelta en torno a la ciudad, recorriendo el circuito de la ciudad una vez. Así hareis durante seis días. Siete sacerdotes llevarán siete trompetas de cuerno de carnero delante del arca; el séptimo día dareis la vuelta alrededor de la ciudad siete veces y los sacerdotes tocarán las trompetas. Cuando se oiga el cuerno del carnero, apenas oigais el sonido de la trompeta, todo el pueblo lanzará un grande grito de guerra, entonces los muros de la ciudad se derrumbarán y el pueblo entrará, cada uno marchará adelante».

Josué, hijo de Nun, convocó a los sacerdotes y les dijo: *«Llevad el arca de la alianza; siete sacerdotes deben llevar siete trompetas de cuerno de carnero delante all'arca del Señor».* Dijo al pueblo: *«Poneos en marcha y dad la vuelta en torno a la ciudad y el grupo armado pase delante del arca del Señor».* Cuando Josué hubo hablado al pueblo, los siete sacerdotes, que llevaban las siete trompetas de carnero delante del Señor, se encaminaron y tocaron las trompetas, mientras que el arca de la alianza del Señor les seguía; la vanguardia precedía a los sacerdotes que tocaban las trompetas y la retaguardia seguía el arca; se avanzaba con el sonido de la trompeta. Al pueblo Josué había ordenado: *«No griteis, no hagais ni siquiera oír la voz y no salga ni una palabra de vuestra boca hasta que no os diga: Lanzad el grito de guerra, entonces gritareis».* El arca del Señor dió la vuelta en torno a la ciudad recorriendo el circuito una vez, después volvieron al campamento y pasaron la noche en el campamento.

Por la mañana temprano Josué se levantó y los sacerdotes llevaron el arca del Señor; los siete sacerdotes, que llevaban las siete trompetas de carnero delante del arca del Señor, avanzaban tocando las trompetas; la vanguardia les precedía y la retaguardia seguía el arca del Señor; se avanzaba tocando la trompeta. Giraron alrededor de la ciudad, el segundo día, una vez y volvieron luego al campamento. Así hicieron durante sei días. El séptimo día se levantaron al amanecer y dieron la vuelta a la ciudad de esa forma siete veces; sólo aquel día dieron siete veces la vuelta en torno a la ciudad. A la séptima vuelta los sacerdotes tocaron las trompetas y Josué dijo al pueblo: *« Lanzad el grito de guerra porque el Señor pone la ciudad en vuestro poder.»*

¿Dónde debemos girar? ¿Cómo debemos girar? Debemos girar “en el seno del Padre”, en su Corazón, en su Voluntad, de lo contrario no encontramos nada. A este respecto, pensemos al esquema más sencillo de un motor: hay un primer componente, fijo, inmovil, en cuyo interior (“en su seno”) hay un segundo componente más pequeño

que “gira” porque los dos componentes están rodeados, abrazados por un hilo eléctrico que es el tercer elemento del motor. ¿No nos recuerda acaso el misterio de las Tres Divinas Personas?

¿Qué encontramos “en el seno del Padre”? Los Decretos eternos de su Querer, en primer lugar el Hijo, el Verbo Encarnado: *“A Dios nadie lo ha visto nunca: precisamente el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, lo ha revelado”* (Jn. 1,18), y con el Verbo Encarnado, inseparablemente unida, está su Madre, María. Y a partir de ellos dos, las tres Obras Divinas “*ad extra*”: la Creación, la Redención y la Santificación. ¡Esa es nuestra Herencia, nuestro Reino!

Jesús habla de “hacer girar” los actos hechos en su Querer, en la rueda interminable de la Eternidad, para que sean vida, luz y calor de todos, y le dice a Luisa:

“No has dicho todos los giros que da la ruedecita de tu voluntad en la gran rueda de la Eternidad”. Y yo: “¿Cómo podía decirlos, si no lo sé?” Y Jesús: “Cuando el alma entra en mi Voluntad, incluso con una simple adhesión, con un abandono, Yo le doy la cuerda para hacer que gire. ¿Y sabes cuántas veces gira? Gira por cuantas inteligencias piensan, por cuantas miradas dan las criaturas, por cuantas palabras dicen, por cuantas obras y por cuantos pasos dan. Giran en cada acto divino, en cada movimiento, en cada gracia que del Cielo desciende... En una palabra, en todo lo que se hace en el Cielo y en la tierra, forma su girar. Los giros de estas rueditas son veloces, rápidos, de manera que son incalculables para ellas mismas, pero Yo los cuento todos; primero, para tomarme la gloria, el Amor eterno que Me dan, y luego para fundir todo el bien eterno, para darles la capacidad de hacer que superen todo, para poder abrazar a todos y hacerse corona de todo”. (04-02-1922, último capítulo del Vol. 13°).

Al cabo de casi 33 años Jesús ha completado la formación de Luisa como otra Humanidad suya y ella ya puede actuar como la Humanidad de Jesús, porque “vivir en la Divina Voluntad” es vivir con El su misma vida interior. Y no sólo es vivir la vida interior de Jesús, sino dar con El vida a su Cuerpo Místico. Y le dice:

“De ahora en adelante Yo daré a todos tus actos, hechos en mi Querer, capacidad de circular como vida por todo el Cuerpo Místico de la Iglesia. Como circula la sangre en el cuerpo humano, tus actos, extendiéndose en la inmensidad de mi Querer, se extenderán sobre todos y cubrirán como piel a estos miembros, dándoles el crecimiento debido” (11-01-1922).

Jesús empieza a decirle a Luisa cómo tiene que hacer que todos sus actos, pensamientos, palabras, obras, etc. se paseen en su Querer: *“Tu camino es larguísimo, tienes que recorrer toda la Eternidad”* (20-01-1922).

Llegamos al final del 13° Volumen. Concluido el periodo de formación, va a empezar otro nuevo, es hora de actuar: *“Por ahora la incisión la he hecho, he puesto el sello; luego pensaré en desarrollar lo que he hecho”* (02-02-1922). Sólo ahora Jesús empieza a hablar de cómo los actos hechos en su Querer deben girar en la Eternidad, para ser vida, luz y calor de todos.

Hasta aquí hemos visto el “*hacer*”, el “*poner nuestras obras en el Divino Querer*”, “*entrar en El*”, “*vivir en El*”; de aquí en adelante será “*girar*” en la gran rueda de la Eternidad (Vol. 13°, 04-02-1922). *Fundiéndose en el Divino Querer* (Vol. 14°, 28-03-1922), la criatura forma su vida en El y llega a poseer el Acto continuo de Jesús, para hacer con El todo lo que El hace:

“Toda mi intención sobre tí no era la santidad humana, si bien era necesario que antes hiciera las cosas pequeñas en tí, y por eso Me complacía tanto. Ahora, habiéndote hecho pasar más allá y teniendo que hacer que vivas en mi Querer, al ver que tu pequeñez, tu

átomo, abraza la inmensidad para darme amore y gloria por todos y cada uno, para devolverme todos los derechos de toda la Creación, Me agrada tanto, que todas las demás cosas ya no me dan gusto” (06-06-1922).

“Hija mía, elévate, elévate aún más, pero tanto, que has de llegar al seno de la Divinidad; entre las Divinas Personas estará tu vida. Ves, para hacer que llegues a ésto he formado mi Vida en tí, he metido mi Querer eterno en lo que tú haces y fluye de modo maravilloso y sorprendente, y mi Querer obra en tí con un continuo acto inmediato. Ahora, tras haber formado mi Vida en tí, mediante mi Querer agente en tí, en tus actos, tu querer ha quedado empapado, fundido en El, de modo que mi Querer tiene una Vida en la tierra. Ahora es necesario que te eleves y lleves contigo mi Vida, mi Querer, y luego bajarás de nuevo a la tierra llevando la potencia y los prodigios de mi Querer... Eso será el principio de la venida de mi Reino a la tierra y que mi Querer tenga su último cumplimiento” (10-07-1922).

“No hay cosa que haya hecho que no tenga como primera finalidad que el hombre tome posesión de mi Querer y Yo del suyo. En la Creación esa fue mi primera finalidad. En la Redención lo mismo. Los Sacramentos instituidos, las gracias innumerables dadas a mis Santos, han sido semillas, medios para llegar a poseer así mi Querer. (...) Ya sólo con esto puedes comprender que es lo más grande, lo más importante, lo que más Me interesa, el vivir en mi Querer: de tantos preparativos que lo han precedido” (11-09-1922).

“No terminarán las generaciones hasta que el hombre no vuelva a mi seno, bello, dominante, como salió de mis manos creadoras. No Me accontento de haberlo redimido; aun a costa de esperar, aún tendré paciencia, pero tiene que volver a Mí como lo hice, por medio de mi Voluntad. Con hacer su voluntad descendió al abismo y se transformó en bestia; con hacer mi Voluntad subirá y logrará la nueva transformación en la naturaleza que Yo creé, y entonces podré decir: Todo lo he cumplido, el orden de toda la Creación Me ha regresado y descansaré en ella” (11-11-1922).



Novena y última Conferencia del Retiro

“Para obtener la Paz, pido la Consagración a mi Corazón Inmaculado...”

En su tercera aparición en Fátima, el 13 de julio de 1917, la Stma. Virgen dijo: “...Para impedir el castigo del mundo por sus delitos por medio de la guerra, del hambre, de la persecución a la Iglesia y al Santo Padre, volveré para pedir la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado y la Comunión reparadora los primeros sábados...”

El título que he dado a esta última conferencia es algo diverso porque, a mi parecer, el mensaje no habla sólo de la paz entre las naciones y que la Iglesia ya no sea más perseguida, sino la Paz con mayúscula, la Paz fruto del Espíritu Santo en su plenitud, en el pleno regreso de los hombres a Dios. Y va más allá de Rusia, escogida por el demonio para castigar al mundo en el tiempo en que se había identificado con el comunismo, pero elegida después por la Stma. Virgen para su conversión y para la purificación del mundo. Por eso se trata de la consagración de las personas al Corazón Inmaculado de María, en el que encontrarán la consagración a la Voluntad Divina.

➤ Todo lo que Dios ha hecho es perfecto, todo es SAGRADO y SANTO. En el orden primordial de la Creación todo, y en primer lugar el hombre, era *“sagrado”*, es decir vinculado con Dios, destinado a Dios, y *“santo”*, que significa que era según el orden perfecto querido por Dios.

Lo contrario de *“sagrado”* es *“profano”*, *“profanado”*, o sea, privado de Dios, falsificado, desviado de la finalidad para la que ha sido creado. Desde el momento que

“todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios” (1 Cor 3,22-23), con el pecado el hombre se ha profanado a sí mismo, en primer lugar, y ha profanado todas las cosas.

Por eso *“la creación misma espera con impaciencia la manifestación de los hijos de Dios; de hecho ha sido sometida a la vanidad (o sea, a la inutilidad) –no por su propio querer, sino por el querer de aquel que la ha sometido– y nutre la esperanza de ser también ella liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Sabemos de hecho que toda la creación gime y sufre hasta ahora en los dolores del parto”* (Rom 8,19-22).

De ésto resulta evidente el significado del título que el Señor ha dado a los Escritos de Luisa:

“El Reino de mi Divina Voluntad en medio de las criaturas – Libro de Cielo – La llamada a la criatura al orden, a su puesto y a la finalidad para la que fue creada por Dios”

➤ La obra de la Redención implica la necesidad de ofrecer un sacrificio. El sacrificio implica la necesidad de **un sacerdote** y de **una víctima**, o sea, de alguien que tenga algo que ofrecer a Dios.

Consiste en ofrecer a Dios, pero más que ofrecer se trata de devolver, de restituir, de dar como respuesta y de restablecer un orden violado, de reparar una injusticia hecha a Dios. Si no hubiera habido el pecado, sin esa injusticia que es el pecado, el ofrecer a Dios habría sido una pura respuesta de amor, de alabanza, de gratitud. Pero con el pecado, el ofrecimiento necesario es debido también a la necesidad de reparar una injusticia, de restaurar una situación de grave desorden. El sacrificio es por tanto hacer sagrado (perteneciente a Dios) lo que ha sido hecho profano por el pecado, desviado de la Voluntad de Dios. Y lo que se ofrece es una víctima.

Y así como el sacrificio puede ser (según el motivo por el que se ofrece): holocausto, sacrificio expiatorio, de comunión, de acción de gracias, etc., así hay distintos tipos de víctimas: víctima de expiación, de reparación, de honor, de amor, etc. Son los diferentes oficios a los que se destinan.

Después del pecado el hombre instintivamente empezó a ofrecer a Dios sacrificios y hostias pacíficas, privándose de algo suyo, de alguna cosa importante, significativa, de lo que para él era más precioso: animales de sus rebaños, primicias de su cosecha, incluso su propio hijo.

¿De qué forma? Destruyendola para él, en especial mediante el fuego, para que no quedara nada para eso (y entonces se trataba de un holocausto o de un sacrificio de expiación), o bien destruyendola sólo en parte, es decir, una parte la ofrecía a Dios y una parte –tratándose de un animal– dejándola para él, para comerla, y de ese modo era un sacrificio de comunión con Dios: compartir con Dios lo que nutre y sirve para la vida.

En un determinado momento de la historia de las relaciones del hombre con Dios aparece la figura de Melquisedek, rey y sacerdote del verdadero Dios, que ofrecía a Dios pan y vino (el alimento humano, pacífico), y le dio también a Abrahám como signo de comunión sagrada, bendiciendolo.

➤ Pero Dios no busca nuestras cosas; es El quien nos las da. Dios nos quiere a nosotros, quiere eso nuestro que se rebeló a El, eso que arrastró al hombre y con el hombre a toda la Creación al desorden y al abominio de la profanación: Dios quiere nuestra libre voluntad. *“¿Con qué me presentaré al Señor y me postraré ante Dios*

altísimo? ¿Me presentaré a El con holocaustos, con terneros de un año? ¿Agradarán al Señor miles de corderos y torrentes de aceite a miríadas? ¿Le ofreceré tal vez a mi primogénito en cambio de mi culpa, el fruto de mis entrañas por mi pecado? Hombre, se te ha enseñado lo que es bueno y lo que el Señor te pide: que practiques la justicia, que ames la piedad, que camines humildemente con tu Dios” (Miqueas 6,6-8).

¿Qué víctima ha de ofrecer el sacerdote a Dios, en reparación de la injusticia cometida?

En Cristo se manifiesta la identificación del Sacerdote y la Víctima: *“por un Espíritu Eterno se ofreció a Sí mismo inmaculado a Dios” (Heb 9,14).*

¿De qué manera? *“...Entrando en el mundo, Cristo dice: Tú no has querido ni sacrificio ni oferta, sino que un cuerpo me has dado. No has aceptado holocaustos ni sacrificios por el pecado. Entonces he dicho –porque de Mí está escrito en el volumen del Libro– héme aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu Voluntad. Después de haber dicho: No has querido y no has aceptado ni sacrificios ni ofertas, ni holocaustos ni sacrificios por el pecado, todas esas cosas que se ofrecen según la ley, añade: Héme aquí que vengo para hacer tu Voluntad. Así ha abolido el primer orden de cosas para establecer el segundo. Y precisamente es por esa Voluntad por la que hemos sido santificados, mediante el ofrecimiento del cuerpo de Cristo, hecho de una vez para siempre” (Hebreos 10,5-10).*

También el discípulo de Cristo, el cristiano, debe ofrecerse a sí mismo a Dios: *“Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcais vuestros cuerpos como sacrificio viviente, santo y agradable a Dios: ese es vuestro culto espiritual” (Rom 12,1).*

Es un “sacrificio viviente”: no se trata de matar el propio cuerpo, de inmolarse a sí mismo, porque es un “culto espiritual”, no material. ¿Pero de qué forma se debe ofrecer y sacrificar? Haciendo que sea **“consagrado”** (= **“sacrificado”**), hecho **sagrado**, perteneciente a Dios, al servicio de Dios, dedicado a hacer su Voluntad.

¿Quién ha de “sacrificar”, es decir, hacer sagrada la víctima? Alguien que es **sagrado**, es decir, el sacerdote. El sacerdote “sacrifica”, o sea “consagra” la víctima. Pero como Cristo se ofreció El mismo, así el cristiano (que por el Bautismo está unido a Cristo y es sacerdote de sí mismo) no ha de ofrecer víctimas ajenas, sino su propia víctima, a sí mismo. Precisamente su propia libre voluntad, lo que llamamos “el corazón del hombre”. Sólo así se hace **santo**.

➤ Ahora bien, una hostia no puede consagrarse ella sola, a sí misma, hace falta un sacerdote que la consagre en la Misa, Y Cristo, pronunciando por medio de un sacerdote sus palabras, cumple su Sacrificio de un modo incruento y la hostia al instante es transformada: de golpe deja de ser harina de trigo y se convierte en el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, viviente bajo los velos accidentales de la Hostia.

Por el contrario, tratándose del hombre, por el Bautismo es habilitado a ofrecer el sacrificio de sí mismo y por tanto puede consagrarse a sí mismo, “gracias a esa Voluntad Divina” que, hecha por él, le da el poder de transformarse en Cristo: *“todos nosotros, a cara descubierta, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en esa misma imagen suya, de gloria en gloria (poco a poco), mediante la acción del Espíritu del Señor” (2 Cor 3,18).*

Además, si la hostia es consagrada o transformada al instante, es porque no tiene una voluntad con la cual pueda interferir en la acción de la Voluntad Divina que la consagra, mientras que en el hombre, teniendo una voluntad suya propia, esta consagración o transformación en Cristo tiene lugar –cuando la hace– poco a poco, a medida que su querer humano cede el puesto al Querer Divino.

➤ Jesucristo, el Verbo Encarnato, por Sí mismo es sacro y santo: no ha de ser hecho sagrado (consagrado) por nadie, El es quien hace sagrado al hombre y a toda la Creación, es decir, la restituye a Dios, la restablece en el estado original de justicia o santidad. El es el que quita el pecado del mundo, o sea, cancela toda profanación: *“no llames inmundo (profano) lo que Dios ha purificado”*, dijo el Angel a Pedro (Hechos, 10,15). El es el Sumo y eterno Sacerdote: *“El Señor ha jurado y no se arrepiente: Tú eres sacerdote para siempre a la manera de Melquisedek.”* (Salmo 109,4).

El hace partícipes de su Sacerdocio a todos sus hermanos, miembros de su Cuerpo Místico, de una doble forma: mediante el Bautismo y mediante el sacramento del Orden Sacerdotal.

➤ Por el Bautismo, el hombre es capaz de conectar de nuevo todas las cosas con Dios, de hacer sagrado todo lo que che Dios ha creado, toda la Creación. Vivir la espiritualidad del “sacerdocio real” recibido en el Bautismo es la verdadera y única solución al problema de la ecología: *“ya sea que comais, o que bebais, o que hagais cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”* (1 Cor 10,31). Todo ha de ser ocasión de entrar en comunión con Dios, comunión de agradecimiento, de alabanza, de bendición, de amor; comunión con Su adorable Voluntad.

Todas las cosas, los animales, las plantas, el sol, el agua, el viento, los campos, las estrellas..., todo nos está diciendo: “tómame, llévame contigo –no tanto en tus manos cuanto en tu corazón, en tu espíritu– y llévame al Creador tuyo y mío; El me creó por tí y tú no tienes que ser ingrato y ciego ante su Providencia, Sabiduría y Amor. Ofreceme a El como homenaje de agradecimiento, de alabanza, de gloria y de amor; sólo eso es la razón de mi existencia”.

Todo lo que ha salido de Dios en la Creación ha de volver a Dios, pero sólo el hombre, que es el destinatario, puede hacerlo, dando voz, palpitar y vida a todas las cosas que no pueden hacerlo por sí mismas, pues no tienen una voluntad responsable, dotada de libre albedrío, como por el contrario puede hacerlo el hombre, creado para ser el verdadero rey y sacerdote de la Creación (incluídas las galaxias). Y no puede llegar el fin del mundo, si antes no ha sido restablecido del todo el orden primordial de la Creación: cada cosa del mundo y de la vida humana tiene que ser “restaurada en Cristo”, es decir “en la Voluntad Divina”. No podrá llegar el fin del mundo sino después de que el último hijo de Dios haya correspondido al Creador y le haya dado su homenaje diciendole *“te reconozco, te adoro, te alabo, te bendigo, te amo”* por cada cosa creada. Sólo así todo volverá a Dios.

Será como dice, con su lenguaje pintoresco, el profeta Zacarías (14,20-21): *“En aquel tiempo hasta en los cascabeles de los caballos se verá escrito: «Consagrado al Señor», y las calderas en el templo del Señor serán como los cálices que hay ante el altar. Es más, todas las ollas de Jerusalén y de Judá serán sagradas para el Señor, rey de los ejércitos; y cuantos quieran ofrecer sacrificios vendrán y las usarán para cocer las carnes. En aquel día no habrá ni siquiera un cananeo (un mundano) en la casa del Señor de los ejércitos.”*

➤ Pero a los mismos hombres, ¿quién deberá reconciliarlos con Dios, quién puede hacerlos sagrados y santos? Otro hombre, *“tomado* (elegido por Dios) *de entre los hombres, es constituido por el bien de los hombres en las cosas que se refieren a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados”*. (Heb. 5,1). Es el Sacerdote “ministerial”, que llega a serlo mediante la imposición de manos de un Obispo, sucesor de los Apóstoles,

los primeros Sacerdotes del Nuevo Testamento: es decir, mediante otro Sacramento, el Orden sagrado o sacerdotal.

➤ Los sacerdotes del Antiguo Testamento, de la tribu de Levi, como Aarón, se transmitían el sacerdocio de padre a hijo. Los del Nuevo, que llegan a serlo por la participación al Sacerdocio de Cristo, es porque son llamados por Dios. Es Dios el que llama a la vez por dentro, en la conciencia, y por fuera, mediante la Autoridad de la Iglesia. Los antiguos sacerdotes representaban al pueblo ante Dios y ofrecían a Dios lo que el pueblo tenía que ofrecer. Los Sacerdotes de la Iglesia representan sobre todo a Dios ante el pueblo, son “expropiados” voluntariamente y por amor, actúan “*in Persona Christi*”, en la Persona de Cristo. No son solamente otro Cristo (*alter Christus*) –como lo es todo bautizado– sino que se hacen una sola cosa con Cristo, el mismo Cristo (*ipse Christus*). Por eso pueden ofrecer a sus hermanos las cosas de Dios: el Camino, la Verdad, la Vida misma de Dios; la luz, el perdón, la consolación, la salvación, el mismo Señor.

Por eso, el Sacerdote que celebra el Sacrificio de la Misa, desde el momento que sale de la sacristía para subir al altar ya está en profunda comunión con el Señor (lo mismo si se da cuenta, que si no se da), mucho antes de recibirlo él mismo y los fieles en la Comunión Eucarística. Desde el primer momento está tan unido a Cristo (y así debería estar identificado en todo, veinticuatro horas al día), que puede decir por tanto en un determinado momento: “*Ésto es mi Cuerpo, éste es el cáliz de mi Sangre*”...

Considero que ésto sea el más profundo motivo del celibato del Sacerdote, que la Iglesia Católica considera “un valor no negociable”, sin con eso criticar esas situaciones particulares de sacerdotes casados (hombres casados que sucesivamente son ordenados sacerdotes), en lugares en los que por razones históricas la Iglesia lo admite, como es en el rito oriental.

Resumiendo:

-**Consagrar** significa “hacer sagrada” una persona o cosa, perteneciente o dedicada a Dios, y por lo tanto no más destinada a uso profano o extraño a Dios. En este sentido, **consagrar** equivale a **sacrificar** y a **santificar**. La consagración significa también “**transformación**”. El ejemplo máximo de Consagración es la que tiene lugar en la Misa: el pan y el vino ofrecidos primero a Dios, son consagrados por El, o sea, transformados sustancialmente (“*transustanciados*” dice la Iglesia) en el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo. Dejan de ser pan y vino, aunque conserven “sus accidentes”, ésto es, los elementos accidentales (forma, color, aspecto físico y químico), se convierten en Cristo, presente con la plenitud de su Ser y de su Vida entera, para darse a nosotros y transformarnos en El, en la medida que se lo permitimos.

Así es la de nosotros mismos: “*Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcais vuestros cuerpos como sacrificio viviente, santo y agradable a Dios; ese es vuestro culto espiritual*” (Rom 12,1).

Consagrar todo lo que somos, lo que tenemos y lo que hacemos; sobre todo, de lo único que depende de nosotros y que podemos negárselo a Dios –lo cual sería la más grande desgracia para nosotros–, o sea, nuestra voluntad, lo que solemos llamar nuestro corazón. Jesús lo indica diciendo: “*De dentro, o sea, del corazón del hombre salen todas las cosas malas... Esto es lo que contamina al hombre*” (Mc 7,21).

Lógicamente la consagración es a Dios. Como hizo el mismo Jesús, como hizo María. Desde el primer momento de su vida, María se consagró por entero a la

Voluntad de Dios, para obtener la venida del Mesías. Ella se consagró a Dios, dedicó totalmente su persona y su vida al Amor de Dios, al Proyecto de Dios; por eso, a su vez y a su debido tiempo, Dios “se consagró” a Ella. En efecto, Jesús se consagró a María desde su Encarnación, y al final de su vida renovó su consagración a la Voluntad del Padre. Pidiendo por sus discípulos dijo: *“Consagralos en la verdad. Tu Palabra es la verdad. Como Tú me has mandado al mundo, también Yo los he mandado al mundo; por ellos me consagro Yo mismo, para que también ellos sean consagrados en la verdad”* (Jn 17,17-19).

¿Cual es la finalidad? Ser presentados y ofrecidos por Ella y como Ella a Dios, a la Voluntad de Dios, para ser por Ella, con Ella y en su Corazón Inmaculado transformados, convertidos en otros Jesús, “a imagen y semejanza” de Jesús. De esa forma el Amor del Padre quedará plenamente satisfecho, perfectamente glorificado: eso será el cumplimiento de su Voluntad y así vendrá finalmente su Reino.

No es un simple gesto de devoción o una formalidad. Es una vida que se vive, es una alianza con Dios por medio de María, es una meta que alcanzar. La consagración quedará cumplida y del todo realizada solamente en el momento en que entremos en el Cielo. Es prácticamente la respuesta que debemos de dar, como Juan, al testamento de amor de Jesús Crucificado: *“Hijo, ahí tienes a tu Madre”. “Y desde aquel momento el discípulo la acogió en su casa”,* es decir, en su vida (Jn 19,27).

Por tanto, Dios ha querido venir a nosotros y entregarse a nosotros por medio de María; ha querido que su Encarnación y que la misma Redención pudieran realizarse mediante la libre respuesta y la colaboración amorosa de María, su Madre. Igualmente es su Voluntad que vayamos a El y nos entreguemos a El por medio de María, pues ella tiene la misión de unir a Dios y al hombre: hacer que Dios se hiciese Hombre y que cada hombre llegue a ser por gracia como su Hijo Jesús, como Dios. Por tanto se trata de consagrarnos a Dios como María, por medio de María, con María y en el Corazón Inmaculado de María.



Oh María, Madre de Jesús y Madre mía,
yo te entrego y te consagro mi vida como hizo tu Hijo Jesús.
Me consagro a tu derecho de Madre y a tu poder de Reina,
a la sabiduría y al amor del que Dios te ha colmado,
renunciando totalmente al pecado y a aquel que lo inspira.
Te entrego a Tí mi ser, mi persona y mi vida, y especialmente mi voluntad,
para que Tú la conserves en tu Corazón materno y la ofrezcas al Señor
junto con el sacrificio que Tú hiciste de Tí misma y de tu voluntad.
En cambio, enséñame a hacer como Tú la Voluntad Divina
y a vivir en Ella. Amén.